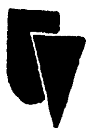
LOGOS

REVISTA DE HUMANIDADES

Nos. 4-5 ENERO, MARZO 1973



UNIVERSIDAD DEL VALLE

CALI - COLOMBIA

LA VENDEE AMERICANA (I)

(LAS GUERRAS DE PASTO)

EDGAR BASTIDAS URRESTY

A MANERA DE PREAMBULO

Para ilustrar el tema que nos proponemos tratar, parece conveniente reproducir un texto donde se habla de cómo se llevaba a cabo en Pasto una jura del rey español. Esto después de que se habían celebrado solemnes honras fúnebres por el fallecimiento del Rey Don Carlos Segundo. Luego de una convocatoria para que "todos los habitantes y estantes de la jurisdicción de esta ciudad acudieran a ella el día citado". La convocatoria se hacía por "bando, al son de cajas y de otros instrumentos".

"Yó, don Lorenzo de Rosales, escribano... doy fé y verdadero testimonio a los señores que la presente vieren de cómo ayer que se contaron 22 del corriente mes y año (Enero de 1702) como a las dos de la tarde, poco más o menos se hizo la jura y aclamación del Rey Nuestro Señor Don Felipe Quinto que Dios guarde muchos años, en la forma siguiente:

Estando en la Plaza Mayor de esta ciudad con cuatro compañías de Infanterías y una de a caballo con sus capitanes, banderas y demás oficiales superiores en buen orden militar, asistiendo asimismo el Licenciado Don Juan de Ricaurte del Consejo de su Majestad, su oidor más antiguo y Alcalde, corte de la Audiencia y Cancillería Real que reside en la ciudad de San Francisco de Quito, y don Juan de Miera y Cevallos Gobernador y Capitán General de esta Gobernación, recibido por tal en esta dicha ciudad; y estando en esta forma salió de su casa el Capitán Nicolás Gregorio Zambrano Alférez Real de esta ciudad, en un caballo color moro, bien aderezado como para semejante acto con una corbatilla de terciopelo liso carmesí y esmaltada toda ella de rosas de plata y una silla engastada toda en plata de obra prima, que todo se hizo nuevo, asistido de todos los capitulares vestidos de negro, marchando dichas compañías por delante, llegó a las casas del Cabildo donde estaba el estandarte real, colocado en el balcón del con mucha decencia y adorno, que para ese día lo hizo el dicho Alcalde Real nuevo, que está apreciado en mucha cantidad con las armas reales bordadas; y habiendo llegado a dichas casas de Cabildo se apeó del caballo y le salieron a recibir dos Regidores, a los cuales subió y por el Alcalde más antiguo le fue entregado el dicho estandarte. Me pidió testimonio de lo que allí pasaba y lo más que ahí sucediere en el paseo que iba a dar por las calles acostumbradas de esta ciudad. Y bajó con todos los Capitulares y demás Ministros, llevándole las borlas los dos Alcaldes ordinarios, y con mucho alborozo de ministriles, atabales, trompetas, clarines y cajas de guerra y seis lacayos, llegó a un tablado que estuvo en la plaza mayor. Y habiendo subido en él con los capitulares yo, el escribano, el Alguacil mayor de esta ciudad, en altas voces pidió silencio por tres veces, y habiéndolo, el Alférez Real dijo en altas e inteligibles voces: Caballeros y hombres buenos de esta ilustre muy noble y leal ciudad de Pasto, VIVA DON FELIPE QUINTO, nuestro Rey y señor natural ,a quien Dios guarde muchos años. A que respondieron todos los del concurso:

VIVA, VIVA, VIVA muchos años. Y a esta respuesta tremoló el estandarte y derramó tres puñados de plata; y la segunda que se repetió derramó otros tres puñados de plata; y a este tiempo se abatieron las banderas con igual estruendo de arcabuces. Y habiendo acabado esta función descendió del tablado y montó a caballo con los demás capitulares, y yó, el presente escribano...".

Refiere este minucioso escribano cómo recorrió la comitiva las calles de la ciudad y en cada esquina tiraba puñados de monedas que los chicos y mujeres recogían con presteza. Luego la entrada a la Iglesia Mayor donde se celebró misa cantada, se bendijo el estandarte real y pronunció un excelente sermón el Rev. P. Fray Agustín de Benavides, del Orden de Nuestra Señora de las Mercedes. Y luego el regreso del Alférez Real a su casa, acompañado de toda la nobleza de la ciudad. El doctor Sañudo refiere de las rivalidades que se presentaban entre las distintas comunidades, por esto de las piezas oratorias que se pronunciaban con motivo de los funerales o las juras del rey muerto y el rey coronado, respectivamente.

En tanto que la vida en Pasto transcurría sosegada y pacífica, en la España de principios del Siglo XIX habían ocurrido trastornos increíbles.

Hacia 1.809 las cosas empeoraban en España y las esperanzas de expulsar a los invasores franceses disminuían. En América se dudaba acerca del porvenir de España y sus colonias. Irían éstas a parar a las manos de Napoleón? Sería posible la intervención de Inglaterra a favor de los Borbones? Esta intervención no podía ser desinteresada, sino que estaría dirigida a apoderarse del imperio colonial en América.

Pero, cuál fué en realidad la causa determinante de la insurrección americana? El ejemplo dado por los Estados Unidos de Norteamérica? La invasión de Bonaparte a España? Los estímulos de Inglaterra a Miranda, Bolívar y otros agitadores americanos? La impaciencia de los intelectuales criollos para tomar las riendas del poder confiado casi que exclusivamente a los españoles que venían de la Península? Acaso los excesivos impuestos que pensaban para el sostenimiento de la derrochadora corte de Madrid? O la labor soterrada de las logias fracmasónicas? Quizás todos estos factores obraban desde diferentes direcciones en el espíritu de los americanos.

Parece que la causa principal estuvo en la invasión napoleónica. Sin embargo, la lealtad se mantenía aun dentro de este confusionismo. Porque cuando llegaron a Caracas, el 15 de julio de 1.808, los emisarios de Bonaparte, con el objeto de obtener el reconocimiento de este monarca, el pueblo los puso en fuga. Se afirmó el respaldo y la obediencia a Fernando VII, siguiendo el ejemplo de las Juntas de Gobierno creadas en España. Posteriormente, las asonadas de Caracas, Quito, Santafé y otras capitales, se contentaron con crear Juntas de Gobierno que expresaban su

intención de gobernar las provincias sin descartar la obediencia al rey Fernando. Claro que hubo excesos y hasta encarcelamientos de Virreyes y funcionarios antiguos. Quizá en la Nueva Granada era donde la idea de independencia total se agitaba con mayor viveza, pues había un considerable número de abogados, hombres de ciencia (los de la Expedición Botánica) y letrados con ideas nuevas en punto a gobierno de una nación.

Hasta 1.810 se habían enviado a España 80.000.000 de pesos para sostener la justísima guerra de independencia contra los franceses. La invasión a España en vez de aflojar los vínculos entre la metrópoli y sus colonias, los había estrechado aun más.

La represión de Quito, donde fueron asesinados los gestores del 10 de agosto sembró el odio y el disgusto contra España. En Venezuela, Miranda y Bolívar entraron a actuar en forma franca y decidida, lanzándose a una lucha que constituye uno de los capítulos más sangrientos de las guerras por la libertad americana. Porque si Bolívar, Rivas, Arismendi, Piar, etc., fusilaron a millares de españoles y negros que les eran adictos, Boves, Morales y muchos caudillos más degollaron sin piedad a hombres, mujeres, niños y ancianos, cortaban orejas, sacaban ojos a militantes o civiles y cometieron las atrocidades más increíbles. Los negros y los pardos no entendían, como los granadinos, la idea de libertad, sino que iban detrás del caudillo que les diera manos libres para el saqueo, el robo y la matanza. Pasaban, alternativamente, al bando que ofrecía mejores probabilidades de desafueros. Boves comprendió este fenómeno y se atrajo masas enteras de llaneros, negros y mulatos. Este hombre no obedecía a superior alguno, ni admitía reconvenciones. Por el otro lado, Piar, Páez, Mariño, Bermúdez se encontraban con disparos de un ejército suficiente para mantener su dominio en Guayana, Apure, el Orinoco o la Isla Margarita. Tampoco obedecían a jefe ni autoridad alguna. Su ambición era de tipo regional o localista. Aquí es donde sobresale Bolívar, quien tenía una visión más extensa. Bolívar valía por todos los ignaros caudillos venezolanos juntos. Ingobernables, de ambiciones pequeñas, sin espíritu de unión, facilitaban los triunfos españoles por la dispersión de los mandos y los ejércitos.

Por ello, apesadumbrado, después de cada fracaso volvía Bolívar los ojos hacia las provincias de la Nueva Granada, en donde sí había con quien entenderse, en donde quizá había exceso de gobernantes, de legisladores y de congresos. No importa que todo esto fuera una caricatura de gobierno democrático. Así logró llevar a cabo la victoriosa campaña del año 13 y la jornada final de Carabobo: con fuerzas organizadas en la Nueva Granada.

Los pastusos, por su parte, se aferraban a la tradición monárquica por razones que se irán conociendo en el curso de esta breve historia. En el sur apareció la muralla contra los intentos de patriotas venidos de Quito, de Cali y de Bogotá, en una pequeña provincia llamada Pasto.

MOTIVOS PARA LA ACTITUD DE PASTO

Si el hombre es naturalmente ambicioso y jamás su ambición se encuentra bastante satisfecha, también los pueblos, cuanto más civilizados son, mayor suma de bienestar, libertades, cultura y poderío reclaman. Pasto y su comarca no estaban contentos con el hecho de que la corona de España hubiera concedido a Quito y Popayán los privilegios del gobierno civil y eclesiástico en alto grado; que se les hubiera dotado de institutos de alta y mediana cultura, de otra categoría de preeminencias, mientras que a Pasto, que valía casi tanto como esas dos ciudades se les había dejado en una condición subalterna.

Por eso el 13 de Noviembre de 1809, luego de haber derrotado en Funes a los patriotas de Quito, el muy ilustre Ayuntamiento de Pasto formuló una demanda, donde, entre otras cosas se pedía:

"Solicitamos la independencia de los tribunales de Quito... y de ser posible, el establecimiento del Tribunal de la Real Audiencia en Pasto... La residencia de la Mitra; un colegio para estudios mayores, ya que por la rivalidad quiteña las juventudes pobres de Pasto no pueden instruirse para el bien público y de la monarquía". Se pide además: "Una frontera fortalecida con tropas, puesto que los de Quito han sido siempre nuestros rivales".

En 1813, luego del desastre de los patriotas en Catambuco y del fusilamiento de los próceres Caicedo y Cuero y Macaulay, ordenados por el Presidente de Quito, don Toribio Montes, el Ayuntamiento elevó otro memorial, pidiendo:

1º) La erección de un seminario, con una cátedra de filosofía y otra de teología moral (Aquí se ve la mano del doctor Tomás Santacruz).

2º) La exención del pago de alcabalas, privilegio que había tenido y ganado esta ciudad por su manejo contra los de Quito, que no habían querido obedecer, pero que se había vuelto a pagar por haberse perdido en el archivo la cédula del privilegio.

3º) La libertad de estancos de aguardientes y tabaco (Recuérdese que por este tipo de exacciones estalló la revolución de los Comuneros (J. A. Galán).

4º) Que a los indios de la región se les exonerara de la contribución conocida con el nombre de tributo, o al menos, en la mitad (Digna de alabanza esta petición enderezada a aliviar la suerte de los indios).

5º) Que se condecorara el Ayuntamiento según el agrado de Su Majestad.

6º) Que se estableciera en Pasto el CENTRO DEL GOBIERNO (Mayúsculas nuestras).

7º) Que se la erigiese en SEDE EPISCOPAL.

Más tarde, en relación enviada al General Pablo Morillo, Conde de Cartagena, se le decía:

"Con la común pobreza no tenemos arbitrios para remitir a los colegios distantes a nuestros hijos y se pierden talentos grandes que pudieran servir a la Iglesia y al Estado. En las actuales circunstancias nos miran con odio las provincias limítrofes y se nos hace difícil la entrada de nuestros hijos a sus colegios".

Por toda respuesta, recibieron siempre alentadoras promesas de Montes, Benito Pérez, Aymerich, Sámano, Morillo. Al parecer muchas de esas solicitudes no llegaban a su destino y estos Jefes dejábanlas sin darles el curso correspondiente.

Don Juan Sámano, en su informe al general Morillo, luego de su victoria en la Cuchilla de Tambo sobre el último ejército patriota, decía:

"Pongo en noticias de Vuestra excelencia lo mucho que se han distinguido en estas acciones el Comandante de Pasto, Ramón Zambrano y todos sus oficiales y tropa, que a porfía se me ofrecían para acudir a todos los sitios de riesgo... Ha sido costosa la victoria y he tenido por de fatalidad el día que se ha logrado. Han muerto el pastuso don Eduardo Burbano, Capitán de la compañía de La Cruz, que tanto nos había servido en la expedición y el Teniente de Milicias de Pasto, Agustín Varela. El Capitán Burbano deja mujer y parte de hijos".

Todos los sacrificios hechos por el Rey; todas las pérdidas en bienes y vidas; todo el odio acumulado en contra suya por sus vecinos y tanta amenaza pendiente, apenas si sirvieron para que se le otorgara al Ayuntamiento de la ciudad (Ríase el lector), el título o tratamiento de "MARISCAL DE CAMPO DE LOS REALES EJERCITOS!". Le fué comunicada esta distinción por el general Morillo del 23 de Septiembre de 1816, desde Bogotá.

El Ayuntamiento, con amarga ironía redactó un mensaje donde podía leerse lo que sigue:

"Al salir de los conflictos a costa de nuestra sangre, se nos hacían promesas magníficas de **poner en esta la capital del gobierno, el obispado, la Real Casa de Moneda y otras más** (Subrayamos). Pasado el susto ha sucedido el olvido y aún la envidia y la emulación. Hasta aquí ignoramos si el Amado Soberano se le ha puesto en noticia de que en sus Américas tiene una ciudad nombrada Pasto".

Así fué como el coraje numantino de hombres, mujeres y niños no le aprovechó en nada a Pasto. De todo esto quedóles sólo el sabor agrio del desencanto. Porque a pocos años entendieron que las causas que defendían estaban irrevocablemente perdidas.

Y cuando el valeroso Agualongo caía fusilado, gritando con toda la fuerza de sus pulmones "VIVA EL REY", ignoraba que este había muerto definitivamente para los destinos del Nuevo Mundo.

Como puede verse, Pasto peleaba también por surgir entre las otras ciudades, salir del aislamiento y la obscuridad en que su vida citadina se desenvolvía. Y se observa a través de solicitudes y respuestas una continuada serie de promesas incumplidas. Ese ha sido su destino. Y continúa siéndolo. Sus soldados se batieron valerosa y triunfalmente en Cuaspud y Tulcán, defendiendo las fronteras con el Ecuador. Se batieron victoriosamente en Güepí, defendiendo las fronteras con el Perú. Espíritus ecuánimes hablan con respeto y con elogio de las cualidades del soldado pastuso. Pero los gobiernos de todas las épocas se han mostrado avaros, olvidadizos y cerrados para entender lo que vale y significa en las fronteras del sur la gloriosa tierra que lleva el nombre de Nariño.

Errados andan, pues, cuantos suponen que el pueblo y los dirigentes de Pasto luchaban por algo que desconocían. La clase dirigente de entonces tenía un gran sentido de responsabilidad. Porque del sentido de responsabilidad de la clase dirigente depende el destino de una nación o un pueblo. La grandeza de los Estados Unidos tiene su origen, principalmente, en la calidad moral, intelectual y en la energía de sus presidentes, sus generales y sus legisladores.

Repetimos: los dirigentes de Pasto buscaban una oportunidad para alcanzar algo superior. El pueblo los entendía y peleaba como ellos lo querían y como lo enseñaban con su ejemplo, Juan María y Blas de la Villota, Ramón Zambrano, los Santacruz, los Delgado, los Nieto Polo, todos estos bravos que parecían descender de lo mejor que diera el alma hispana para su historial magnífico. Se peleaba, claro está, por la ortodoxia católica, por la tradición monarquista, por la paz que estaba ahora perturbada y por qué no decirlo, porque los dirigentes deseaban conservar los fueros y privilegios en la medida en que los venían disfrutando desde siglos atrás. Casi siempre las guerras se presentan entre los que desean alterar una situación y los que desean mantenerla a toda costa. Esto es elemental y humano demasiado humano, como decía el señor Nietzsche.

Por último, los pastusos entendían que el río Juanambú, por el norte y el Guáitara, por el sur, habían sido puestos por Dios para protegerlos de todos sus enemigos, de cuantos vinieran en son de guerra a Pasto. Porque se ha dicho que a Pasto se podía entrar en son de paz, jamás en son de guerra.

Creemos haber dicho ya que Pasto era, administrativamente, una rueda suelta entre Quito y Santafé. Quizá contra el deseo de los dos gobiernos, Pasto disfrutaba de una autonomía más de orden geográfico que institucional, por lo inaccesible de su territorio. Estaba sujeta a las atracciones de Quito y de la Nueva Granada, de ésta por intermedio de la gobernación de Popayán. Por

eso, la Junta Suprema instalada en Quito el 10 de Agosto de 1809 resolvió enviar al Cabildo de Pasto un mensaje del cual extractamos lo más importante:

"Las relaciones de comercio que tienen en este reino, de que ustedes no pueden prescindir para su subsistencia; el justo aprecio, que aquí hacemos de la probidad y talentos de sus habitantes; la elevación a que la llevaríamos en el evento de una total independencia; la dificultad de poder conservarla (la independencia) en medio de dos reinos superiores en fuerza y recursos, y, finalmente, la necesidad que tendrá ésta de arreglar sus límites, proporcionándose una posición fronteriza capaz de consultar a su mayor seguridad, la cual puntualmente se halla más allá de esa ciudad (quizá pensaban en el río Mayo), acordará preferir reunirse a Quito más bien que a Santa Fe, que está a mayor distancia y que nada le interesa".

Los términos de esta comunicación tienen pasajes de bastante interés cuando se habla de la dificultad de Pasto para mantener la independencia en medio de dos reinos más poderosos en fuerza y recursos. Se admite aquí la posibilidad de que Pasto pudiera decidirse por su autonomía gubernamental. Se habla de los límites que servirían para la demarcación del que suponen un pequeño estado y le invitan a preferir Quito, por más cercano, antes que Santa Fe, a la cual interesa muy poco la posesión de Pasto.

En otra parte de la misma comunicación, la Junta Suprema invita al Cabildo para que envíe un representante suyo a Quito, el cual ganaría dos mil pesos anuales como honorarios. Buenos estaban los pastusos de entonces para aceptar dinero a cambio de su independencia de criterio. La respuesta a tales requerimientos la dió Pasto en el combate de Funes.

Las ambiciones territoriales de Quito volvieron a dejarse sentir sobre Pasto posteriormente. En Agosto de 1812, al tiempo que se pactaba una tregua entre el Ayuntamiento y Alejandro Macaulay, mediante la cual se accedía a la libertad del Presidente Caicedo y Cuero, sus oficiales y soldados, prisioneros de los pastusos, se hizo llegar al Cabildo un mensaje emanado del Coronel Joaquín Sánchez de Orellana, en el cual decía:

"...en consecuencia de los tratados de alianza entre las dos provincias (Popayán y Quito) que ligan nuestras operaciones, sólo puedo ofrecerles que entraré en la de los Pastusos (Túquerres, Ipiales, Cumbal, etc.) pacíficamente sin ofender a sus habitantes, a menos que los mandones de Pasto se opongan a la ocupación de aquel territorio **perteneciente al gobierno de Quito**, en cuyo caso, sin faltar a nuestra amistad, usaré de la fuerza de las armas para sujetarlos". Nótese que los de Quito alegaban propiedad sobre la Tenencia de los Pastos, es decir, la mitad de la Provincia de Pasto.

Después veremos cómo, una vez ocupado Pasto por las fuer-

zas del coronel quiteño Pedro Montúfar, éste se resistía a dejarla en poder del Presidente Cayzedo y Cuero, cuando éste la reclamaba para la Nueva Granada, Montúfar accedió a marcharse cuando supo que en Quito se había agudizado la pugna entre Montufaristas (Marqués de Selva Alegre) y Sanchistas (Marqués de Villa Orellana). Se trataba de una violenta rivalidad que a la postre condujo a la caída de la Junta Suprema de los patriotas de Quito.

En el curso de estas páginas podrá notarse cómo Quito a través de Flórez, García Moreno y el propio Obando, trató de hacer suya la Provincia de Pasto. Y podrá notarse también cómo el pueblo de Pasto se resistió persistentemente a ello. A través de las comunidades de los dirigentes pastusos siempre se advierte esa resistencia. Sin embargo, tampoco se nota mayor entusiasmo por pertenecer al gobierno de Bogotá.

El general Pablo Morillo siquiera daba respuesta a los mensajes del Ayuntamiento de Pasto. No así los jefes Sámano, Tacón, Aymerich, quienes, a cada derrota, iban a refugiarse y hacerse fuertes en Pasto. El 9 de Julio de 1816, desde Bogotá el General Morillo respondía:

"Han dado los leales habitantes de la Provincia de Pasto el ejemplo más honroso y grande, que puede presentarse como único en todos los pueblos de América". Y prometía llevar al conocimiento de Su Majestad los hechos heróicos de la Provincia en la defensa del Rey.

El 13 de Octubre del mismo año, la Sala Capitular de San Juan de Pasto elevó al general Morillo una "Representación" escrita, la cual contiene una relación sintética de los hechos de armas acaecidos en el sur dentro de la guerra de la revolución americana en Pasto y sus contornos. Luego formulan algunos reparos acerca del olvido en que han caído las solicitudes hechas por el Ayuntamiento y cómo, en cambio, a la ciudad de Cuenca, en la Presidencia de Quito, se le ha concedido privilegios tales como "una Real Universidad, un Colegio Real, y Seminario, un Hospital de San Lázaro, la apertura de un camino al puerto de Guayaquil y otras preeminencias. Luego, con palabras que aún parece tener vigencia, manifiestan:

"Ha sido feliz (Cuenca) porque ha tenido quien eleve su mérito a la real consideración. Pero esta ciudad desgraciada que lo tiene (el mérito) incomparablemente mayor, no ha encontrado quién la coloque a los pies del trono".

El historiador Sergio Elías Ortiz afirma que el 16 de Mayo de 1817, el Consejo de Indias concedió a los indígenas de Pasto una medalla, que debía traer una leyenda así "FERNANDO VII A LA FIDELIDAD DE LOS CACIQUES DE PASTO". Pero no llegaron ni las medallas, ni la resolución que las otorgaba. El mismo Consejo de Indias decretó otras condecoraciones, entre ellas una de tercera clase para el doctor Tomás de Santacruz, cosa bien mez-

quina por cierto si se considera que a este doctor le fueron arrasadas y saqueadas sus propiedades con pérdida cuantiosa para el propietario.

Justamente el doctor Ortiz hace hincapié en el hecho de que "PASTO había sufrido en su economía una verdadera catástrofe; que se contaban por centenares las viudas y los huérfanos de un continuado guerrear de diez años contra el Norte, contra el Sur, contra todos. (Nótese que los pueblos de la tenencia de los Pastos también estaban por la causa de la Independencia). Que la ciudad había sido víctima de los saqueos de los enemigos y de exacciones de los mismos jefes españoles.

Ciertamente que el amor de los pastusos a Fernando VII jamás estuvo bien correspondido.

PRIMERA INVASION DE QUITO A PASTO

La ciudad de Pasto, era, al llegar el año 1.800, un retazo de España, arrinconado entre unos riscos de los Andes. Pero no de la España, borbónica, sino de aquella de Felipe II, con un recio sentido de la Contrarreforma. El pueblo se mantenía prevenido contra el contagio revolucionario gracias a la vigilancia estrecha que ejercían las autoridades civiles y eclesiásticas. Todo era lealtad al Rey, a la Iglesia y a los Ministros. Algún motín por el alza en el precio o la mala distribución del aguardiente no llegaba a turbar la tranquilidad de la comarca. Cinco comunidades religiosas ejercitaban su apostolado en una región a donde no llegaban los vientos revolucionarios. De las ocurrencias en Francia algo se supo por una colecta que se ordenó el 23 de Agosto de 1793, para ayudar a la Corona que había declarado la guerra a los revolucionarios franceses, colecta que produjo la suma de 367 pesos tres reales. Además, se hicieron rogativas por el buen éxito de la guerra.

El espíritu piadoso de las gentes estaba guiado por lecturas que no iban más allá de los devocionarios, las novenas de la Santísima Virgen y de algunos santos preferidos. En el colegio enseñábase latinidad y las muy altas especulaciones metafísico-teológicas, una jerga escolástica pomposamente llamada "Arte de Pensar". De algunos inventarios testamentarios extrajo el prolijo historiador J. Rafael Sañudo los siguientes datos: "El cura y Vicario Guerrero dejó entre sus libros a Virgilio, Ovidio, Alonso Rodríguez, Larrañaga, Señeri, Lacroix, una lógica metafísica, Tamburini, y Domingo Torres, por todo 55 libros. El Alférez Real Burbano de Lara entre otros, el Quijote y dos tomos de la Geografía del Jesuíta Velardo Murillo. El Vicario Ignacio Salazar dejó, entre otras obras, 14 tomos de Feijóo, uno de Quevedo y el Quijote. Fray Fernando Paredes 16 tomos de Feijóo, la Historia Literaria de España, de 10 tomos, el Año Cristiano en 18 tomos, un Massilión en 13 tomos, Bourdaleue en 16 tomos, 28 tomos de la obra de

Santo Tomás, la Obra del Marqués de Caracciolo, cartas de Benedicto XIV, Gramática Castellana y 4 tomos del Quijote, todos avaluados en 679 pesos cuatro reales". Nótese que en las listas de libros no aparece un solo autor heterodoxo de tántos como abundan en Francia y en toda Europa, cuando en la Nueva Granada se extendía el Plan de Estudios de Moreno y Escandón; cuando la Expedición Botánica acometía investigaciones en las ciencias naturales y cuando en el mundo civilizado se imponía una nueva concepción del universo y un general despertar del sentido crítico.

En Pasto vivía una sociedad ordenada según el modelo de la "Ciudad de Dios". Las preocupaciones sobrenaturales estaban por encima de las materiales. Cuidábase del alma, con vistas a la vida eterna, antes que del cuerpo mortal y corruptible. En el colegio se enseñaban las mejores tradiciones españolas: Guzmán el Bueno, las hazañas del Cid Campeador, etc. Los hombres fervorosos sentían la nostalgia de las Cruzadas y vivían como propias las guerras de España contra la morisma.

Un "Auto de buen Gobierno" de 14 de Febrero de 1766, prohibía que "persona alguna anduviera por las calles después de las nueve de la noche". Lo firma el Alcalde del Primer Voto, Melchor Ortiz de Argueta. Ordena que "nadie sea osado a formar fandangos desde las seis de la noche en adelante. Que todo pasajero a los tres días indique la razón y objeto de su venida y su ocupación. Si las mujeres son esposas o han fingido serlo para vivir a rienda suelta y sin temor a Dios nuestro Señor". Manda así mismo "que las mujeres de doce años comparezcan dentro de diez días a patentizar de qué viven, para dedicarlas al oficio a que se inclinen". (16 de abril de 1766) "Que no anden los hombres por los ríos y puentes cuando se están lavando las mujeres, bajo la pena de cuatro patacones".

Parece mentira que el pueblo fuera tan creyente cuando, según el mismo doctor Sañudo, había fallas notables en algunas comunidades. Dice que los frailes, al quebrantar el voto de pobreza adquirieron bienes y se relajaron tanto que "lejos de servir de edificación al pueblo eran dechado algunos de corrupción". Parece que en Quito ocurría otro tanto, según lo cuenta el Ilustrísimo señor Federico González Suárez.

Siempre se consideró como espejo de vida austera y contemplativa la que llevaban las monjas del Monasterio de la Concepción, al cual ingresaban damas de la nobleza pastusa. Pero se cuenta que "Hacían fiestas de toros en el monasterio y fabricaban aguardiente que a hurto lo vendían, en 1793, en la puerta falsa del convento. Se negaban a admitir como capellán al sacerdote designado por la autoridad eclesiástica, sino al que ellas escogieran". Este era un padre Chaves. Cuéntase que los indios de Chapal, cuando estaban ebrios, iban a dormir al Convento. En 1737 entre monjitas, criadas y doncellas recogidas llegaban a doscientas. Olvidábamos decir que estas monjitas establecían una desleal competencia a los Padres Jesuítas, quienes destilaban aguardiente en sus trapiches de tierra cálida.

La fundación del Colegio de los PP. Jesuítas se llevó a cabo en 1711 gracias al donativo de 20.000 pesos hecho por doña María Sierra de Quito. Parece que el sacerdote vasco Ignacio Ormaegui fué el primer rector. De este año en adelante llovieron los obsequios para el colegio en "planta, oro, ganados vacunos, yegunos y haciendas". Entre estas las de Iles, Putis, Guastar, Gualmatán, más de 250 cabezas de ganado. Luego recibieron el potrero de Anganoy y la finca de Obonuco. El 14 de febrero de 1814 recibieron la Hacienda Cimarrones y la de Merlo. Después adquirió la Comunidad por compra, las haciendas de Funes, Sapuyes y otras. El Cabildo y los vecinos se impusieron contribuciones voluntarias que oscilaban entre los 2 y 3 mil pesos.

El P. José Mangeri, sucesor del Padre Ormaegui adquirió la hacienda de Panamal y lotes en Pandiaco y el Tejar. Un nuevo rector, el P. Nicolás Latorre, adquirió una propiedad en el **Ejido.** Además, "un negro de 13 años llamado Carlos Cartagena y una negra de 20, Lorenza Criollo, en 725 pesos ambos y en septiembre de 1740, otro negro de 12 años en 300 pesos y otro en Honda por $ 400.00, porque los jesuítas necesitaban esclavos para el laboreo de sus tierras calientes". (J. R. Sañudo Apuntes para la Historia de Pasto). Antes, en abril del 36 habían comprado una esclava de 14 años en 480 patacones "alma en boca", "costal de huesos" según la fórmula en uso. Esta negra estaba marcada.

Al decretarse la expulsión de los PP. Jesuítas, los funcionarios se resistieron a dar cumplimiento a la orden real. Una vez cumplida la expulsión, la Junta Provincial de Temporalidades de Pasto sacó a remate y vendió las propiedades dejadas por los Jesuítas. La finca "Convalecencia" comprendió 20 negros, apreciados cada uno en 400.00. Y una negrita de tres meses avaluada en 40. El 28 de junio de 1772 remató Matías Paz 21 negros por 5.705 pesos. El Doctor Tomás Santacruz, que aparecerá después actuando en los primeros lugares de esta historia, remató la hacienda "Cimarrones" en 27.000.00 pesos ,pero como no cumplió en el pago de las cuotas fué puesto en la cárcel y la hacienda vendida a Bernardo Burbano de Lara por 28.600.00.

Las Comunidades de Santo Domingo, San Francisco, La Merced y San Agustín poseían extensas haciendas y molinos de trigo dentro de la ciudad. Fuera de los diezmos las gentes pagaban censos cuantiosos. Algunos indios eran azotados cuando no pagaban oportunamente y luego encarcelados. Desde 1720 se formulaban reclamos para pedir la libertad de los encarcelados, a cambio de que pagaran en trigo los tributos. Se amenazaba con la excomunión a los que no pagaban. El pueblo alegaba, con justicia, que no era posible pagar tan altos tributos cuando los cultivos se perdían por la langosta, las heladas, o las erupciones del volcán Galeras que cubrían de cenizas las sementeras, echándolas a perder.

Los cargos se vendían al mejor postor. "En 1797 don Miguel Angel Zambrano remató el alguacilazgo mayor por 490 pesos y dió poder al doctor Camilo Torres para que pidiera la con-

firmación al Virrey de Santa Fe. Esta se otorgó en 1.802. Ramón Tinajeros remató en el mismo año, el cargo de depositario General por 1.525 pesos. En 1795 remató Martín Ordóñez de Lara el apetecido cargo de escribano por 300 pesos, pero Francisco Pérez de Zúñiga viajó a Popayán y lo remató por 600. Poco después pagaba Miguel Arturo 1.130 pesos por el mismo empleo.

El cultivo de tabaco fué prohibido para las regiones de Bomboná, Cariaco, Castigo y Pisanda, en la jurisdicción de Pasto. Se reservó el cultivo a las regiones aledañas a Popayán. Desde entonces había privilegios para ciertas zonas en perjuicio de Pasto.

De Pasto partían hacia el Putumayo las misiones a evangelizar a los indios. Muchas tribus se resistían y mataban a veces a los misioneros. Aquí cerca, en el Valle de Sibundoy, en 1812, los indígenas escondieron 60 muchachos para evitar que los misioneros los adoctrinasen. Quizá tenían buenas razones para ello.

La población de la Provincia de Pasto se ha calculado para 1.800 en 36.000 habitantes. Discriminados así: Los blancos se calcularon en 2.450, los mestizos en 12.000 y los indios en 21.500. A la ciudad se le calculaba siete mil vecinos. El conjunto citadino comprendía unas cien manzanas bien trazadas en cuanto a simetría y extensión. El perímetro de la ciudad se desenvolvía desde los Dos Puentes sobre el río Pasto y su afluente el Chapalito, en el norte. De allí hacia el Oriente abarcaba la iglesia de San Sebastián y el barrio "El Churo". Subía luego por la Calle Angosta, abarcando el templo y el Convento de la Merced hasta el barrio de Santiago, en cuya altura se levantaba el templo del Apóstol y en donde a veces se hacían fuertes los pastusos cuando la defensa de la ciudad era necesaria. Hacia el occidente iban las calles hasta la iglesia de Jesús del Río y por el Occidente descendía por el barrio de San Andrés hasta el Río Pasto, abarcando el cementerio.

La economía de Pasto efectuaba su intercambio comercial principalmente con Quito, pues los caminos hacia la Nueva Granada eran escabrosos y el clima malsano. Pasto pertenecía a la Gobernación de Popayán o sea al Virreinato de Santa Fe. Nominalmente dependía del obispado de Popayán, pero por aquello de los malos caminos se le dejaba el gobierno eclesiástico al Obispo de Quito. En el aspecto judicial, los pleitos iban en última instancia, ante el Tribunal Supremo de Justicia de Quito. Los vínculos de Pasto con Santa Fe eran puramente teóricos y el correo con Bogotá demoraba casi tanto como el que venía desde la metrópoli española, es decir, algunos meses.

La comarca de Pasto fue y es, fertilísima. Las dehesas han estado siempre pobladas de ganados y en la ciudad el pan ha sido y es abundante y exquisito. Nunca ha faltado la papa, el maíz y la cebada. De las vegas y laderas del Guáitara, el Juanambú y el Patía llegan el arroz, el fríjol, el café y la panela. La variedad de climas hace fácil el abastecimiento de víveres, lo que permite a la comarca soportar tanto las calamidades de orden militar, como

el abandono y la incomprensión por parte de todos los gobiernos colombianos. Ya en 1747 don Carlos Burbano de Lara dejaba en su testamento una fortuna de $ 40.000.00. En 1.801, los bienes de Liberata Aguirre fueron tasados en $ 41.037. El doctor Santacruz y su hermano Gabriel prestaron una fianza por $ 65.000.00. En 1810, Basilio Delgado y Narváez testó bienes por $ 30.000.00".

La autoridad de la región pastusa recaía en el Cabildo, el cual disponía de facultades omnímodas para decidir en casi todos los aspectos de la administración, lo cual daba a Pasto cierta autonomía que se aproximaba a lo que suele llamarse "república independiente". El gobierno ejercido por la Tenencia y el Cabildo estaba en manos de criollos hijos de españoles, mientras Santa Fe, Lima, Quito o Caracas estaban bajo el mando de Virreyes, presidentes o gobernadores codiciosos, venidos, de España a hacer fortuna y a exhibir su irritante arrogancia. Esto fue parte para que los pastusos defendieran como cosa propia, su gobierno. Como defendieron con fiereza su hogar, sus mujeres, sus tradiciones. Por todo lo que se ha dicho es fácil comprender la dificultad de introducir ideas y hechos revolucionarios allí donde se miran con recelo las innovaciones forasteras. Además, el temperamento del pastuso, producto de su aislamiento geográfico toma aspectos de trágica desesperación cuando de defender su comarca se trata. El pastuso forma un conglomerado social muy diferente, por su hablar, su carácter y su modo de vivir, del de otros pueblos. No se parece ni a los colombianos del resto del país, ni a los ecuatorianos, excepción hecha de los habitantes del Carchi, quizá por haber hecho parte los aborígenes de esta región de la misma nación de los Pastos que se extendió desde el río Guáitara hasta el Chota.

Se mantenía vigente el concepto acerca del origen divino de los reyes. "DEI GRATIA" leíase en todas las monedas acuñadas en España como en Santa Fe, Lima, Méjico o Popayán. A Pasto era muy difícil que llegaran los ecos de los cambios políticos, filosóficos y sociales que se operaban en los Estados Unidos y Francia. Las caídas de las cabezas —bajo la guillotina— de los reyes franceses quizá se conocerían como un episodio bárbaro de tantos como se leían en los textos de la Historia Universal, pero sin consecuencia de mayor extensión. No era posible pensar que alguien en Pasto, como lo hiciera Nariño en Santa Fe, fuera a acometer la traducción de los **Derechos del Hombre.** El doctor Tomás de Santacruz (doctor in utroque jure de la Universidad de Salamanca) pensaba y obraba al compás de los religiosos residentes en Pasto.

Ignorábase que desde 1806 un inquieto revolucionario, Francisco Miranda, incursionaba por las Costas de Venezuela tratando de darles libertad a unos pueblos que aún no la deseaban. Aquí será oportuno hacer notar cómo Inglaterra prestaba ayuda a todos los revolucionarios americanos hasta cuando se consiguió la independencia total. Pero se ha entendido mal, porque se ha creído que Inglaterra, el país más colonialista de la tierra, lo ha-

cía por amor a la libertad. No. Lo hacía simplemente para minar la grandeza del imperio español; para arrebatarle colonias en Trinidad, la Guayana, Bahamas, etc.; para apoderarse de las riquezas que los galeones españoles transportaban de América a España, aun por medio de los feroces piratas y bucaneros; para clavarle una espina dolorosa en Gibraltar, en el propio cuerpo de la geografía española.

En Pasto ignorábase, sin duda, cómo la España de Carlos IV estaba dirigida según los caprichos de Manuel Godoy, el "cochero" o "choricero" de Badajóz y la Reina María Luisa, la misma que cansada de los amoríos con Godoy, hacía que este le trajera otros amantes para complacer sus livianidades de Mesalina. En este mismo 1.800 la vida en Madrid parece sonriente y Goya traslada a sus cuadros el espíritu alegre de la corte y las formas graciosas de doña María Pilar Gayetana Silva Alvarez de Toledo, Duquesa de Alba. Cuenta don Ramón Gómez de la Serna que uno de los últimos borbones, acaso Alfonso XII, se paró ante el cuadro de la Maja Desnuda y le dijo al Duque de Alba: "Duque qué bella antepasada habéis tenido". Se ignora si el Duque respondió a la alusión real. Era una Duquesa de Alba frívola y coqueta, que traicionaba al célebre pintor y a todo el mundo. Por las calles de Madrid transitaban majas y estudiantes, frailes y pretendientes a cargos en ultramar, golillas, hidalgos y militares con uniformes vistosísimos. Pero empieza a disgustarse la gente seria y ya se gesta la caída de Carlos para la ascensión del Príncipe de Asturias. Napoleón, entretanto, comienza su carrera asombrosa de victorias y conquistas por toda Europa.

Parece que los Borbones de España eran más testarudos y ciegos de lo que se cree. Fresca estaba la memoria de lo ocurrido a la corte francesa, como consecuencia de la quiebra de seculares estructuras. El fín del feudalismo y el ocaso parcial de la nobleza. Decimos parcial, porque días después esa nobleza reaparecía con nuevos títulos y honores, como quiera que el gran Corso dedicóse a regalar coronas, ducados y títulos a sus familiares, a sus generales, a todos sus amigos y fieles soldados, luego de coronarse él mismo con el resonante título de Emperador. España y su corte parecían no entender que había cambios. Empezando por el sistema métrico decimal que venía a reemplazar al que regía desde los tiempos del Emperador de la Barba Florida y que empezaba a extenderse por otras naciones. La aplicación de este sistema de pesas a las monedas de plata y oro. La reforma del calendario, que no alcanzó a durar mucho, pese a haber sido propuesta por los mejores físicos de Francia. "Los innovadores —dice Cournot— tuvieron más fortuna para medir el espacio que para medir el tiempo". Ya estaba próxima la aparición del Código Civil Napoleónico, preparado por doctos juristas, con reglas normativas del derecho de propiedad, de los testamentos —cuando alguien afirmaba que el acto de testar equivale a prolongar el derecho de propiedad más allá de la vida. Se preconizaba el matrimonio civil y también el divorcio en un país en donde la iglesia católica había sido la única encargada de regular los actos y las relaciones ma-

trimoniales, no el Estado. Se consagraba el sufragio universal, como la fuente del poder público. La soberanía de la nación como residente en el pueblo, y se echaba a un lado el principio de que toda autoridad venía de Dios. La separación y autonomía de los tres poderes, ejecutivo, legislativo y judicial, venía a limitar el absolutismo de los reyes, los tiranos o los presidentes. La implantación del jurado de conciencia, que ya se aplicaba, hasta cierto punto en Inglaterra. El jurado reemplazó a los "Juicios de Dios" medioevales, donde se entregaba la justicia a maniobras y pruebas crueles y absurdas, antes que a los dictados de la razón.

Como hay mitos religiosos hay mitos políticos. Hasta 1780 había prevalecido en Francia el mito de la monarquía. Pero los monarcas de Francia venían tambaleando por obra de la Enciclopedia, la Pompadour, la Dubarry y también la viruela a la cual parecían muy susceptibles los Borbones de París. Jenner estaba apenas en vísperas del descubrimiento de su portentosa vacuna. Añádase a esto la proliferación de cortesanas que se prostituían en el Parque de los Ciervos y en los refugios de secretos palacetes reales. Todo con la gentilisima complicidad de los ministros, los nobles y hasta de los eclesiásticos. Parecía revivir la época turbia de los Césares de la Decadencia.

Los Borbones de España, padre e hijo, llevaron las cosas a tal punto que le fue fácil a Napoleón recluirlos en Francia cómodamente y colocar a su hermano José en el trono de España. El orgullo nacional de los españoles se sintió herido en lo más vivo. Jamás se había inferido tal ultraje a la dignidad nacional. Y el pueblo se volvió contra sus opresores y estalló la nueva guerra de independencia de España contra Napoleón y sus ejércitos, donde se vieron los más sangrientos hechos militares, el mayor espíritu de heroísmo y sacrificio de una nación por un Fernando Séptimo, el Deseado, un Borbón tan insulso como cualquier otro.

Ocupada España por los franceses, los reyes presos, creóse una Junta Central de Sevilla, que había de representar el rey cautivo. La guerra con la ayuda de los ejércitos ingleses, se prolongó desde 1.808 hasta mediados de 1813 cuando Napoleón vencido por obra de quienes menos lo esperaba, se veía obligado a poner en Libertad a Fernando VII.

La crisis colonial estalló en casi todas las capitales americanas. Desde antes, dijimos en Venezuela hubo intentos de Miranda por la libertad de su patria. La clase culta de Santa Fe, abogados, botánicos y letrados tenían conocimiento de que algo en el mundo estaba cambiando. Ocurría entonces lo que Dantón decía al referirse a la Francia de 1789: "La República vivía en los espíritus veinte años antes de ser proclamada". Sabidas son las vicisitudes del Precursor Nariño y sus amigos en Santa Fe.

Los abogados de Quito y Santa Fe discutían acerca de si la Junta Central de Sevilla disponía de autoridad suficiente para representar al rey. Como Carlos IV había revocado su abdicación,

para muchos podía considerársele también rey. El otro, Fernando VII, y una tercera autoridad, la Junta de Sevilla. Como los presidentes y virreyes derivaban su autoridad de un régimen desaparecido ya, argüían los abogados que era del caso formar Juntas acá en América como la existente en Sevilla, aprovechando de paso, la oportunidad para darles participación en el Gobierno a los criollos o hijos de españoles, cosa muy justa, por cierto.

Fue en Quito donde surgió la prímera Junta Suprema, el 10 de agosto de 1809. Empezó reconociendo a Fernando VII como legítimo rey, a semejanza de lo hecho por la Junta de Sevilla, a la cual adhirió. Expresó su rechazo a José Bonaparte, rey intruso y depuso y luego encarceló al Presidente de Quito, conde Ruiz de Castilla. Este señor conde era uno de tantos nobles como venían de España, casi siempre con el fin de recoger dineros acá y salir de deudas en España. El actor principal del golpe contra las autoridades españolas de Quito fue don Juan de Dios Morales, sacrificado después en el mismo Quito por los españoles, un colombiano a quien me parece se le ha hecho pocos honores en Ecuador.

Los pueblos de Ibarra, Latacunga, Ambato, Riobamba, adhirieron a la Junta Quiteña. No así Cuenca donde el Obispo Quintián se puso al frente de las tropas en actitud francamente belicista. Guayaquil tampoco aceptó lo hecho en Quito. Pero entonces la Junta dirigió sus miradas hacia la gobernación de Popayán y la Provincia de Pasto y al efecto dirigió mensajes al Gobernador don Miguel Tacón, quien adoptó una actitud equívoca, para luego afirmarse en su posición de rechazo a la Junta de Quito. Esta decidió también ganarse a la Provincia de Pasto, para su causa.

La idea de muchos aprendices de historia respecto de Pasto es la de que aquí y sólo aquí se peleaba por el rey y se le servía incondicionalmente. En Santa Marta y en Popayán, para no citar más casos la mayoría de las gentes estaba por el rey. Miranda venía desde 1806 luchando con armas y con hombres por la libertad de Venezuela. Sin embargo, la ciudad de Coro estaba del lado de la Corona, quizá con la esperanza de recuperar la categoría de capital que ahora tenía Caracas. En Pasto, un pequeño grupo que encabezaban don José Vivanco y Miguel Arturo era republicano, pero la mayoría se burlaba de las ideas republicanas, a las que consideraban ilusorias y descabelladas.

Lo cierto es que, al conocerse la venida de tropas enviadas por la Junta Suprema de Quito, en son de guerra, empezó la agitación en Pasto, con los preparativos para una cosa inusitada, algo que venía a ocurrir luego de trescientos años de paz. El Gobernador Tacón, desconfiando de la lealtad de algunas autoridades, decidió nombrar como Teniente de Gobernador al Doctor Tomás de Santacruz. Este dió una proclama en la que ratificaba la adhesión y lealtad de Pasto al rey Fernando VII. Se prevenía a la población para que no se dejara seducir por las mentiras de los sediciosos de Quito. El Cabildo hizo lo propio. Llegaron algunas

armas y pólvora traídas de Barbacoas y Popayán. El Gobernador anunció que venía con tropas a la defensa de Pasto. Pero no llegó sino mucho después de que los pastusos habían derrotado a los patriotas de Quito, en Funes.

Ciertamente salieron de Quito los señores Ascázubi y Zambrano con una tropa que pasaba de mil hombres, no bien armados, pero con cuatro cañones. La mayor parte fueron gentes reclutadas en la provincia de Imbabura. A esta tropa se agregó la gente de las provincias de los Pastos (Túquerres e Ipiales) que simpatizaba con la causa patriota.

Del otro lado contábase con una compañía de gentes de Popayán, Almaguer y Patía que llegó bajo el mando del Capitán Gregorio Angulo. La nobleza de Pasto acudió a las armas. El propio Gobernador envió a sus hijos Tomás Miguel, Capitán; Francisco Javier, Subteniente; Capitán Miguel Nieto Polo, yerno; Teniente Juan María de la Villota, yerno; José María Delgado y Polo, sobrino y Teniente también. Todos los Santacruces, los de la Villota, los Soberón, los Rojas, los Buchelis, Burbanos de Lara, etc. Además los frailes, los artesanos y los indios. En todo más de mil hombres que acudieron a guardar los distintos pasos del Guáitara, barrera infranqueable para defender a Pasto por el sur como lo ha sido siempre el Juanambú por el Norte. Las dos fuerzas no chocaron con la totalidad de sus efectivos porque los patriotas cometieron el error de dividir sus fuerzas en dos grupos, mientras los realistas de Pasto atendían a la vigilancia del río en distintos puntos. Pero dejamos el relato de lo que fue la batalla al Capitán Nieto Polo en la parte que rinde a sus superiores Gregorio de Angulo:

"El Capitán de la 6ª Compañía de Milicias Urbanas de Pasto don Miguel Nieto Polo, rinde al señor Capitán Gregorio Angulo, Comandante en Jefe, acerca de la completa victoria que Dios ha servido concedernos hoy contra los insurgentes de Quito:

Sabiendo que el enemigo situado desde el 13 de los corrientes al lado de la tarabita del Guáitara, enfrente de nuestro cuartel, tenía 183 hombres y esperaba reforzarlos con los auxilios que teníamos noticia venían de Ipiales por Chapal... dispuse que pasasen por arriba de la tarabita 97 hombres con lanzas y espadas al mando del Teniente José Soberón y del subteniente José María Delgado y Polo. Al mismo tiempo pasaron por el lado de abajo de la tarabita 80 hombres armados también con lanzas y espadas al mando del Teniente Francisco Javier de Santacruz, del Teniente Juan María de la Villota y del Subteniente Lucas Soberón. Por el centro y al frente del enemigo, pasé yo con el capitán don Ramón Benavides y el teniente de Yacuanquer don Lucas de Benavides con 35 fusileros de la Compañía de Popayán... Inmediatamente que pasaron las tropas al otro lado del río marcharon todos contra el enemigo que se había situado en una meseta a una distancia de tiro de fusil, con tres piezas de cañones de bronce, de vara y cuarto de largo y cinco dedos de diámetro interior, doce fusi-

les, varios pares de pistolas y el resto de la gente armados de lanzas y otras armas blancas". Como puede verse, de parte y parte, fuera de los tres cañones, la tropa estaba armada en forma casi primitiva. Los efectivos militares apenas si alcanzaban a doscientos por cada bando. Los pastusos peleaban en un terreno que les era conocido. Era esta su ventaja sobre los patriotas de Quito.

Continúa el aparte: "Al aproximarse nuestras tropas pusieron bandera blanca los enemigos, con cuyo motivo se adelantó el teniente Juan María de la Villota, previniéndoles rindiesen las armas; pero la contestación fue pegar fuego a los tres cañones, que no causaron avería alguna, porque al fogonazo se postraron de bruces los nuestros, e inmediatamente avanzamos y aunque con bastante resistencia, se rindieron después de tres cuartos de hora de combate... Hemos hecho 107 prisioneros hombres y 8 mujeres con dos hijos. Entre ellos el capitán de Artillería don José Ipinza y al de fusileros don Antonio Donoso. Al Teniente don Marcelino Narváez Guerrero y Mariano Jaramillo, y los sargentos Narcizo Espinavete, Antonio Ortiz, José Espinoza y José Cebadas. También hemos cojido algunas balas de cañón y fusil, pólvora y metralla, lanzas, pistolas y fusiles, algún dinero, caballerías y otros pertrechos de bica y guerra, cuyo número, peso y medida aún no se ha podido particularizar". Recomienda la actuación de las compañías de Pasto 4 y 5 la de Popayán - Patía y sus auxiliares de Yacuanquer, 2 y 3 de Pasto con sus respectivos oficiales, que, aunque no entraron en función por haber ésta empezado cuando llegaron, estuvieron prontos y deseosos de ser empleados. Elogia a los indios de los pueblos de Obonuco, Jongovito, Catambuco y todos los de "este pueblo de Funes, quienes con su Cura párroco, nuestro Capellán el doctor José Palacios, han estado siempre prontos a sacrificarse por nuestra causa". El parte está suscrito el 16 de Octubre de 1809 el mismo día del encuentro. A él se agrega la lista de los 107 prisioneros hechos en el combate. Los tenientes Narváez eran ipialeños y también las mujeres que vinieron acompañando a la expedición quiteña. Los muertos patriotas fueron ocho y los realistas de Pasto tuvieron apenas un muerto.

Esta acción de armas abrió la etapa sangrienta de las guerras de la independencia en los pueblos de Latinoamérica. La expedición organizada por la Junta Suprema de Quito fracasó lastimosamente por la ineptitud de sus Jefes Zambrano y Ascázubi, pues dividieron las tropas en dos grupos, el uno que se dirigió hacia el camino de Barbacoas, dizque para cerrar el paso a los pocos realistas de ese cantón y el otro siguió con dirección a Pasto, para fragmentarse en partidos que pugnaban por pasar el Guáitara por algún punto favorable. De allí que los 200 hombres que estaban frente a Funes no pudieron resistir la embestida de fuerzas superiores y de un gran espíritu combativo.

Pero esta "invasión" a Pasto constituyó la mejor demostración del espíritu revolucionario que animaba al gran movimiento quiteño del 10 de Agosto de 1809, razón muy buena para que esa ciudad reclame el título de Luz de América".

Las tropas de Pasto avanzaron sobre Túquerres e Ipiales y capturaron los restos diseminados de las fuerzas patriotas. El desconcierto se propagó desde Tulcán e Ibarra hasta la misma capital quiteña y fue parte importante en el fracaso que había de culminar con la masacre de los patriotas de Quito el 2 de Agosto de 1810. Esta sangrienta y sanguinaria represión encendió los ánimos de los patriotas de todo el continente y acabó con el realismo de muchos que se mantenían fieles a la monarquía.

Tres días después de constituída la Junta Suprema de Quito, el doctor Juan de Dios Morales cursó circulares a Gobernadores, Cabildos, etc. de Popayán, Cuenca, Guayaquil, Pasto. A simple vista tratábase de una invitación a constituír Juntas a semejanza de la de Sevilla, dadas las circunstancias de encontrarse prisionero el rey Fernando VII, a fin de que tales Juntas actuaran en representación de él. Todo dentro de normas de la más perfecta lealtad a España.

Pero en Pasto estaban advertidos de la treta y a la circular dió respuesta el Alférez Real don Gabriel de Santacruz, por medio de un bando concebido en estos términos:

"Considerando que arbitrariamente se han sometido los revoltosos de Quito a establecer una Junta sin previo consentimiento de España, y como se nos exige una obediencia independiente de Nuestro Rey don Fernando VII, por tan excecrable atentado y en defensa de nuestro Monarca,

DECRETO:

ARTICULO UNICO.— Toda persona de toda clase, edad y condición inclusos los dos sexos, que se adhiriese o mezclase por hechos sediciosos o comunicaciones en favor del Consejo Central, negando la obediencia del Rey, será castigado con la pena del delito de lesa majestad". (Pedro Fermín Cevallos - Historia del Ecuador).

La ley española, Partida Séptima, Título III, Ley I define lo relativo a los delitos de lesa majestad y la regulación de las penas: "Lesae majestatis crimen, tanto quiere decir en romance como yerro de traición que face ome contra la persona del rey". La pena consistía casi siempre en la decapitación del reo y el envío de su cabeza enjaulada para ser expuesta a la sádica curiosidad del público. Tal se hizo con José Antonio Galán y sus compañeros y en otros casos similares de rebeldías contra las autoridades del rey en países de América.

El 22 de Noviembre de 1802 habían sido decapitados en Pasto Lorenzo Piscal, Ramón Cucás Remo y Julián Carlosama, cabecillas de la rebelión del pueblo de Túquerres contra los altos impuestos. Se les cortó los brazos y las cabezas fueron expuestas al público para que las gentes se horrorizaran y no volvieran jamás de los jamases a convertirse en rebeldes contra el Rey.

OCUPACION DE PASTO POR LOS QUITEÑOS

Don Juan Montalvo decía alguna vez.

"Entre el Juanambú y el Guáitara... vive un pueblo que, por sus defectos y sus virtudes se ha vuelto notable para sus vecinos: este es Pasto nombrado ya como singular en la historia de Colombia. Si algún pueblo pudiera recordarnos en Suramérica a la antigua Esparta, este sería, sin dudas. Rasgos hay en sus costumbres, en su complexión, que en verdad nos recuerdan a Lacedemonia... Pueblo eminentemente guerrero, en un siglo de conquistas hubiera sido conquistador. Pasto es el norte, fragua de hombres fuertes, sobrios; al pastuso vigoroso, no le rinde la fatiga ni le retrae el miedo. El pastuso es, lo que llamamos, todo un hombre".

Pasto padecía, y padece aún, de un anacronismo histórico. Un mantenerse al margen de los ciclos renovadores. A ello conspiran el aislamiento geográfico y el celo de los eclesiásticos que lo han gobernado. Para la época que historiamos puede decirse que aquellos hombres peleaban por una verdad, por una vieja verdad religiosa. Y empujados por una clase dirigente que defendía un status quo de venerable antigüedad y, sobre todo, el bienestar que les deparaba ese status. Hacían lo mismo los funcionarios y los sacerdotes. Pero también se iba a pelear en defensa de la comarca amenazada por las acometidas de los quiteños y los patriotas del Valle del Cauca. La tenacidad de los pastusos creaba por contrapartida, un empeño mayor de los republicanos para someter la provincia testaruda e indómita.

Después, cuando las guerras han cesado, el pueblo vencido desciende a la humillación. Se ha enterado de la inutilidad de sus esfuerzos y de que Fernando VII ha sido definitivamente barrido de sus posesiones americanas. Apenas si le quedan dos colonias Antillanas. Los sacerdotes consuelan al pueblo con las esperanzas en la vida futura, exhortándolo a no desmayar en la fe. Y le infunden una virtud negativa que se llama **humildad.** De la humildad a la humillación no hay sino un paso. El pueblo se torna pacífico y resignado.

Aún hoy, después de 150 años de independencia política, intelectual y de cambios en el modo de vivir y pensar, en Pasto existen 18 comunidades religiosas femeninas y ocho masculinas, encargadas de dirigir la conciencia y la mentalidad de la niñez y de la juventud. Sirven en hospitales, asilos e intervienen en la dirección de la vida privada de las familias. Como consecuencia de esta influencia, han acumulado riquezas que no es fácil evaluar.

Puede decirse que Pasto sigue aún al margen de las corrientes renovadoras que agitan el mundo. Dicen unos que eso es para bien. Otros no piensan lo mismo. Dato curioso es el de que no hay en Pasto librerías distintas a los expendios que tiene un pa-

dre jesuíta, de libritos piadosos, obras estrictamente morales, rosarios, medallas, crucifijos, escapularios, etc. Este mismo padre jesuíta adoctrina a sus fieles a través de dos o tres radiodifusoras, mientras las demás se cuidan mucho de ir a propagar ideas o informaciones que vayan contra la moral católica.

Todavía se mantiene, mejor que en muchas otras ciudades, la fe religiosa. Los magníficos y grandes templos se llenan de fieles en los días festivos. Y ocurren cosas extraordinarias como ésta: En el año 1960 un gobernador dispone la cremación de una novela titulada "Gritaba la noche", de don Juan Alvarez Garzón, por considerarla inmoral y peligrosa para la tranquilidad social. Cuando al fin se editó la novela pudo comprobarse que esta podía ponerse hasta en las manos angelicales de una hermana novicia.

Retornemos a 1811 y veamos cómo mientras en el sur, en Funes había corrido sangre americana, en una guerra civil, entre pastusos y quiteños, los ideólogos de Bogotá se devanaban los sesos tratando de averiguar si la camisa institucional que les pusieron a los franceses podía servir para los hispanoamericanos. O si más vale podía servir el molde federativo de los Estados Unidos. Se discutía acerca de las verdaderas fuentes del poder. Venía ciertamente de Dios, como lo había enseñado la ortodoxia cristiana? O venía del pueblo según ahora se decía? Sería el sufragio universal el instrumento adecuado para encontrar el mejor gobierno de un país? Carecían de experiencia y la historia universal no daba suficientes ejemplos acerca del mejor modelo de gobiernos republicanos. La palabra democracia, sonora y sugestiva, envolvía algún peligro. El sufragio universal que igualaba en derechos a todos los ciudadanos parecía un fraude a los valores consagrados, los valores llamados eternos.

No se imaginaban ninguno de los recursos con los cuales se burlaba la democracia, cuando un día cualquiera unos señores poderosos se reúnen y escogen a uno de ellos para entregarle el poder, dizque en una hora de emergencia casi siempre artificial. Ni preveían como los altos militares, tentados por la codicia del mando y las riquezas, resuelven formar una Junta Militar que asume el poder ante el asombro y la sorpresa de las gentes. O el gobernante que luego de ser electo presidente con todas las de la ley, decide, por sí y ante sí, quedarse otros años en el mando. O el Guerrero victorioso en una guerra estúpida, civil, que toma el mando luego de fusilar unas docenas o centenas de opositores y se hace proclamar "Salvador de la Patria", "Padre del Pueblo", "Libertador de los Esclavos". O los grupos financieros, económicos, los monopolistas de la industria que arman una convención, lanzan un candidato y con una avasalladora propaganda lo imponen en el gobierno. O una familia que ejerce sobre la República una especie de dinastía favorecida por otras familias y grupos de presión donde actúan el clero, los millonarios, los contratistas y eso que se llama la maquinaria política. O gobiernos títeres cuyos hilos se mueven desde Washington.

Da tristeza recordar como el Libertador Bolívar dió su nombre a una república, le regaló una constitución, con la esperanza loable de hacer del nuevo país un dechado de democracias. Los resultados? Un país en donde durante 145 años de existencia, han subido al poder 184 presidentes, tiranos, dictadores, etc. por los más extraños medios, por los más singulares y salvajes recursos.

Pero a los americanos les tocaba ahora consolidar su independencia y ajustarla a las normas y leyes bienechoras dentro de la mejor estructura jurídica. El 4 de Abril de 1811 se promulgó por don Jorge Tadeo Lozano la primera "Constitución de Cundinamarca". Todavía se invocaba el nombre, de Fernando VII pero más por guardar las apariencias. En el articulado se traslucía la constitución de los Estados de la América del Norte.

Fue don Camilo Torres, principal ideólogo de la revolución, quien presentó el proyecto de constitución aprobado. Empezaba así:

"En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén".

1º) "El título de esta confederación será el de: PROVINCIAS UNIDAS DE LA NUEVA GRANADA".

2º) Son admitidas y parte de esta Confederación todas las provincias que al tiempo de la resolución del 20 de Julio de 1810 eran consideradas como tales...

3º) Lo serán igualmente todas aquellas provincias que... quieran asociarse...

4º) En todas y cada una de las Provincias Unidas de la Nueva Granada se conservará la santa Religión Católica, Apostólica y Romana en toda su pureza e integridad.

5º) Todas y cada una de las Provincias Unidas que en adelante se unieren a la Nueva Granada... **desconocen expresamente** la autoridad del poder ejecutivo Regencia de España, Cortes de Cádiz, Tribunales de Justicia...

6º) Las provincias unidas de la Nueva Granada se reconocen como iguales, independientes y soberanas...".

El artículo 6 fue el causante de todas las perturbaciones disociadoras. Luego aparecieron la República de Tunja, el Estado Soberano de Antioquia, la República de Cundinamarca y después la suicida lucha entre federalistas y centralistas.

Esta constitución federalista dictóse el 27 de Noviembre de 1.811, pero no la firmaron la Provincia principal, Cundinamarca y la del Chocó.

Llama la atención el hecho de que los intelectuales de la

revolución hicieron tan señaladas protestas de fe, ellos que habían nutrido sus inteligencias en la Enciclopedia y en todos los panegiristas de la Revolución Francesa. Quizá obraban así para no alarmar la conciencia muy católica de su pueblo y no sublevar a un clero capaz de echar a perder los logros de la revolución. Por que la iglesia ha sido factor decisivo en los más importantes sucesos históricos del mundo occidental. Nada menos que el Papa Alejandro VI fué quien por medio de la Bula Pontificia, entregó en 1.493, a los reyes católicos, el dominio de las tierras descubiertas y por descubrir en el Continente Nuevo. Como si suyos fueran el globo y sus moradores.

Con semejante autorización ya pudieron los conquistadores echarse sobre América (Indias Occidentales) y despojar a los indios de sus tierras, sus habitantes, sus joyas y su libertad. Todo a cambio de inculcarles la fe católica así fuera a arcabuzazo limpio.

Y empieza entonces el cambio doloroso de la humilde raza indígena, calvario que nunca sabemos cuándo va a terminar.

Porque la raza autóctona, el indio, continúa hoy igual que hace mil años. Habla, viste y vive como entonces. Quizá más oprimido. Tenemos a la vista el expediente por el cual la Corona, ordenó devolver a los indios de Consacá las tierras que le habían sido arrebatadas por un gamonal de Pasto, Ignacio Rosero. El pleito se tramitó entre los años de 1818 y 1822 en la ciudad de Quito. Con sentencia favorable fue a Madrid, donde el Rey Fernando VII confirmó la sentencia y ordenó su cumplimiento. El expediente trae los sellos del monarca y las firmas de don Melchor de Aymerich y otros funcionarios de la Presidencia de Quito.

Por los años de 1.660 la situación de los indios en la Provincia de Pasto era la siguiente:

"Yo el dicho Sebastián Guerrero, escribano de su Majestad y Público, doy fe y verdadero testimonio de cómo entre certificaciones que para recién hechas por el Capitán Andrés de la Villota Corregidor de Naturales de este partido, consta lo siguiente: Que el pueblo de Sapuyes tiene noventa y seis indios útiles, tributarios, tasados a veintidós reales por año, una manta blanca a dos patacones por ella, una ave de castilla, o un real por ella, que todo importa al año 468 patacones, de los cuales se quitan para las contribuciones ordinarias de estipendio del doctrinero, salario del Corregidor, cacique y cartacuentas 139 patacones de a ocho reales. Y que el pueblo del Calcán tiene noventa y nueve indios útiles, tributarios tasados en la misma forma que los Sapuyes y que monta la renta por entero por año 482 patacones, de que se quiten 155 pesos para las mismas contribuciones, con que queda por renta líquida para el encomendero 326 patacones de a ocho reales. Y en el pueblo de Sacampués (Hoy Samaniego) hay 29 indios útiles, tributarios tasados por año a veintidós reales en plata, una fanegada de maíz, o por ella un patacón, una ave de castilla o un real por ella que todo monta a 102 patacones, de los

cuales se sacan para contribuciones cuarenta y dos patacones y cinco reales, con que quedan líquidos para el encomendero sesenta y nueve patacones y cinco reales. Y las tres partidas de renta líquida para el encomendero suman setecientos y veinticinco patacones...".

Por donde se ve cómo un sólo encomendero español poseía tierras, gentes y tributos en aves, en mantas y en dinero en la extensión de los pueblos llamados Sapuyes, Calcán y Sacampués. Un total de 220 indios útiles, es decir en capacidad de rendir trabajo. Hemos tomado los datos anteriores del libro de Juan Friede "El Indio en lucha por la tierra".

Los patriotas de Bogotá, de todas maneras habían tratado a su modo, de consolidar posiciones. Como en Popayán el Gobernador Tacón se mostrara remiso a seguir las inspiraciones de los dirigentes de Santa Fe, luego de burlarse de ellos con promesas y embustes, se dispuso el envío hacia el sur, de una expedición militar al mando del Coronel Antonio Baraya. La expedición fué reforzada por contingentes de las poblaciones de Cali, Buga, Tuluá, Toro y otras ciudades que venían firmemente colocadas del lado de la independencia. Tacón se aprestó a la lucha y salió de Popayán al encuentro de los "insurgentes". Mas éstos lo derrotaron completamente en un combate que se trabó junto al río Palacé el 28 de Marzo de 1.811. En esta acción figuraron dos militares que más tarde habrían de obtener la celebridad: El Teniente Atanasio Girardot y el Capitán José María Cabal.

Era de esperar que Tacón se hiciera fuerte en Popayán y defendiera la sede de su Gobernación. Pero no fue así. Huyó a Pasto precipitadamente. Sabía de la calidad guerrera y del espíritu realista de la gente que en Funes había demostrado su reciedumbre y había acabado con la revolución quiteña. Llevó Tacón todo el dinero y el oro que había en las cajas reales y en la Casa de Moneda, lo cual ascendía a más de cuatrocientos mil pesos. Este considerable "tesoro" lo entregó en custodia al Cabildo.

Baraya y sus patriotas ocuparon Popayán y desde allí enviaron una Compañía a explorar hacia el sur, al mando del Teniente Eusebio Borrero. Esta tropa cometió la torpeza de incendiar el caserío pajizo de Patía. Desde entonces los negros que lo habitaban se convirtieron en los más temibles y vengativos enemigos de los patriotas. El hecho dió buenas razones a la provincia de Pasto para proscribir las ideas de los independientes, reputándolas como abominables. A esto se agregó el fusilamiento del cura Realista Morcillo.

La Junta Suprema de Quito había fracasado totalmente y sus principales animadores perecieron en la sangrienta represión del 2 de Agosto de 1.810, cuando fueron asesinados en el propio lugar de su prisión. El pueblo de Quito reaccionó en protesta por el horrible fin de los patriotas, lo cual dió lugar a que fueran sacrificadas en las calles muchas gentes más.

Lo curioso de estas masacres fue que ninguno de los nobles quiteños pereció en ellas. Actuaron con valor y murieron como rebeldes los doctores Morales, Quiroga, el Padre Riofrío y el Capitán Salinas. También otros elementos de la clase media y popular.

Los nobles fueron perdonados, defendidos o fugaron. Esta quizá la razón para que Benjamín Carrión bautizara el movimiento del 10 de agosto con el mote de "Revolución de los Marqueses". Hay que estar de acuerdo con el doctor Carrión pues las revoluciones jamás las hacen los nobles. Las hacen los de abajo, los miserables, los oprimidos. Estos nobles y estos ricos viven siempre contentos con la posesión de los honores, el poder y las riquezas. No desean cambios, y si los aceptan, es a base del mantenimiento de sus privilegios y riquezas.

La llegada del Comisionado Regio, Don Carlos Montúfar vino a mejorar la situación de los patriotas de Quito, pues aunque su misión era apaciguadora, la nueva Junta Suprema restó poderes al Conde Ruiz de Castilla y permitió el ingreso a ella de elementos que eran tenidos por leales a España, pero que en realidad simpatizaban con los intereses americanos. Así fue como el 11 de Abril de 1.811 se proclamó la independencia de Quito, en forma absoluta. Carlos Montúfar que era un militar experimentado en las guerras de España contra Napoleón organizó un pequeño ejército y lo dirigió hacia el sur. En Ambato derrotó al Coronel Arredondo, el mismo que con las tropas que trajo del Perú había cometido los cobardes asesinatos del 2 de Agosto. Luego se dirigió contra el baluarte realista de Cuenca, donde operaba don Melchor Aymerich y el Obispo Quintián. Montúfar los derrotó y estaba a las puertas de Cuenca cuando decidió regresar intempestivamente a Quito, en donde parece conspiraban contra él los sanchistas, o sea los partidarios del Marqués de Villa Orellana. Una intrincada red de ambiciones, intrigas, envidias, dieron al traste casi siempre con todas las campañas por la independencia de Quito. Es verdad que en la Nueva Granada ocurría otro tanto. Pero a los dirigentes Granadinos puede abonárseles el hecho de que disputaban por formas de gobiernos más que por ambiciones de grupo o de familia, como ocurría en Quito.

Con todo, esta Junta Suprema de Quito se interesaba por abrirse paso, pues tropezaba con el inconveniente de que tenía cerradas todas las vías de comunicación con el exterior por Guayaquil, Esmeraldas, Cuenca y Pasto. Fue por este lado por donde halló contacto con los patriotas que estaban en Popayán. Lo logró por la vía del Castigo sirviendo de intermediario el cura de Ancuya, padre José Diego Sánchez (Carlos de la Torre Reyes — "Revolución de Quito").

Nuevamente trató la Junta de Quito con el Cabildo de Pasto por ver de encontrar un entendimiento pero el Cabildo rechazó la propuesta.

Y he aquí que el 4 de Julio de ese mismo año 11 la Junta de Quito declaró la guerra al Cabildo de Pasto. Ya estaba en marcha hacia el norte una numerosa tropa al mando de don Pedro Montúfar, militar de mucha experiencia y sagacidad. Estaba echada la suerte y era llegado el momento de arreglar cuentas con los de Pasto. El Gobernador Tacón acudió a la línea del río Carchi para tratar de cerrarles el paso a los patriotas, pero no tuvo éxito. Entonces cometió la cobardía de venir a Pasto a reclamar la entrega del "Tesoro", cosa que apenas logró en pequeña parte. Pero se llevó consigo hacia Barbacoas 120 hombres entre oficiales y soldados, dejando abandonadas las defensas de Pasto. Los dirigentes de esta ciudad se vieron ahora ante la amenaza de los patriotas que estaban en Popayán en son de triunfo; la tenaza estaba cerrada con los patriotas que venían desde Quito. Sin embargo, acudieron, aunque en pequeños grupos a defender el Guáitara y el Juanambú. En el sur se hizo célebre don Juan María de la Villota, quien sorprendió y liquidó algunas avanzadas de quiteños. Pero ante el mayor número hubieron de replegarse hacia el Guáitara.

Entre tanto, las fuerzas de Montúfar se habían engrosado con gentes del Carchi, Cumbal, Túquerres y Guitarilla. Durante 4 días estuvo ensayando el paso del río, pero los pastusos corrían hasta defenderlo por todas partes. Estos hombres permanecían sin comer hasta dos días pero no cedían. Al fin logró burlar la vigilancia Montúfar y sobrepasó a los realistas por los lados del Cabadal y marchó sin mayor resistencia sobre la ciudad. Entró a Pasto el 22 de Septiembre delante de un ejército de más de dos mil hombres.

Fue directamente a la búsqueda del famoso "tesoro". Diríase que éste había sido el objetivo primordial de esta guerra. Y se apoderó de él. Luego las tropas se dedicaron a un minucioso saqueo de la ciudad, mientras el Jefe encontraba las 418 libras de oro y monedas, cuyo paradero le fue indicado por el Cabildante José Vivanco, simpatizante de la causa independiente. Las calles de la ciudad estaban solitarias y las casas abandonadas por sus moradores que habían ido a esconderse en los campos. Dos testigos del saqueo afirmaron que "los quiteños no dejaron ni los ciacos".

El tratamiento salvaje que las tropas de Quito, por consentimiento de Montúfar, dieron a la ciudad fue acaso una venganza por la derrota de Funes? Los pastusos, a su vez se preguntaban si esta era la libertad de que tanto se enorgullecían los patriotas y estos eran los sistemas de gobierno y los métodos para la convivencia en sociedad que se iba a tener en el futuro.

LA EXPEDICION DE CAYZEDO Y CUERO A PASTO

MUERTE DE CAYZEDO Y MACAULAY

En Cali, como en las demás poblaciones del Valle, eran numerosos los simpatizantes de las ideas de libertad. En la capital de la Gobernación, Popayán, los escasos partidarios de esas ideas habían sido superados por la habilidad del Gobernador Tacón. Mas el Teniente Gobernador de Cali, doctor Joaquín Cayzedo y Cuero , hombre de gran espíritu y cultura, era un decidido amigo de la libertad. Ante la actitud negativa de Popayán, Cayzedo no vaciló en recorrer las poblaciones del Valle y reunir luego una Junta que se designó con el nombre de "Ciudades Confederadas del Cauca". Asistieron, además del doctor Cayzedo, Fray José Joaquín Escobar, por Toro, quien fue aclamado Vicepresidente; por Cartago, Fray José J. Meléndez; el doctor Nicolás Ospina, por Buga; don José María Cabal, por Caloto y por Anserma, el doctor José María Cayzedo y Cuero. La secretaría fue encargada al doctor Cayzedo y Cuero y la Presidencia se reservó para quien debiera ejercerla en la oportunidad de que la capital entrara a formar parte de esta buena Junta de Gobierno.

Con extraordinario fervor y patriotismo, los pueblos vallecaucanos iniciaron colectas de fondos para armar el ejército que habría de imponer la libertad donde fuese necesario, empezando por liberar a Popayán de la tutela del gobernador Tacón. La Junta dio cuenta de lo hecho al gobierno popular de Santa Fe y le solicitó el envío de tropas para reforzar a las organizaciones en Cali. Santa Fe no tardó en enviar una fuerza compuesta de 300 hombres al mando del Coronel Antonio Baraya. Estas tropas, unidas a las de Cali, en número de 1.100 hombres, batieron a Tacón en el combate del Bajo Palacé, el primer triunfo republicano, que había de alentar el entusiasmo de las provincias amantes de la libertad en la Nueva Granada. La batalla se dio el 28 de marzo.

La expedición sobre Pasto, por Cayzedo y Cuero tenía doble objetivo: recuperar todos los valores llevados de Popayán y rescatar la provincia de manos de los quiteños.

Cuando el viajero llega por primera vez a Cali, la hora del anochecer le invita a recorrer las frescas avenidas sombreadas por árboles que exhalan un grato aroma tropical. El corazón de la ciudad ostenta la arquitectura de orgullosas palmeras que dan la mágica impresión de algo próximo al ensueño. En el centro se levanta el mármol de un prócer de la República.

—De quién se trata? pregunta el viajero.

—Es el mártir de la independencia, Doctor Cayzedo y Cuero, a quien fusilaron los pastusos... Aquí un grueso adjetivo, indigno de reproducirse. El viajero adquiere así un desfavorable concepto de los pastusos.

Se recordará que Pasto fue ocupada y saqueada por las fuerzas patriotas de Quito el 22 de Septiembre de 1.811. Como todo les fuera confiscado y robado a los pastusos, había en la ciudad un hambre espantosa, pues nada se les dejó para comer. Les dejaron, así, una amarga experiencia para que en el futuro supieran defender la ciudad con todas sus energías. Esta situación mejoró radicalmente con la entrada de las fuerzas patriotas procedentes de Cali y comandadas por el Presidente Joaquín Cayzedo y Cuero. Cali, Buga, Cartago, Anserma, Caloto y los demás pueblos del Valle adhirieron a la causa de la República y la tomaron como propia para defenderla. Las mejores familias (Caicedo, Cabal, Borrero, Escobar) patrocinaron el movimiento. No así Popayán, Santa Marta y Pasto . Aunque Camilo Torres y otros ideólogos de la revolución procedían de Popayán, las mejores familias payanesas mantenían su adhesión a España.

El propio general José María Obando, inicia sus "Apuntamientos" con expresiones como ésta "...que los hombres de nota augurasen el fracaso de la revolución, o fuese que dichos hombres estimasen más la conservación de sus riquezas y comodidades que la gloria de contribuir a la libertad e independencia de la Patria, lo cierto es que Popayán no recibió bien esta novedad, y con escasas excepciones que han ilustrado la historia política de aquella ciudad, la mayoría de ella abrazó y defendió el partido de la Corona".

Pues bien: el Presidente Cayzedo encontró a Pasto ocupada como si fuera territorio quiteño. Planteó a los ocupantes cuestiones del tesoro que se habían llevado a Quito, las famosas 413 libras de oro, y la cuestión territorial. Contó a su favor con el apoyo del Cabildo y con la hostilidad del pueblo hacia los quiteños. Estos tuvieron que marcharse. El historiador Sergio Elías Ortiz dice: " Cayzedo consiguió la mejor parte, pues mientras Montúfar se llevaba el dinero, él reintegraba al gobierno de Popayán una parte considerable del extinguido virreinato de Santa Fe".

Los patriotas de Cali mantuvieron la ocupación de Pasto desde Septiembre de 1.811 hasta el 20 de Junio de 1.812. El 13 de Septiembre había escrito Cayzedo y Cuero a su pariente doctor Tomás de Santacruz: "Sé que se nos marca con la infame señal de insurgentes y revoltosos, cuando hacemos alarde de ser FIELES VASALLOS DE FERNANDO SEPTIMO y de venerar la santa religión que profesamos". Muy cuesta arriba les quedaba a los pastusos encontrar el por qué entonces se les atacaba y se les mantenía ocupada su ciudad por fuerzas que se decían amigas. El 20 de Junio del año 12 irrumpieron por los alrededores de la ciudad fuertes bandas de patianos, comandadas por el feroz negro realista Juan José Caicedo. Como por encanto reaparecieron jefes y curas realistas y el pueblo todo se incorporó a los atacantes. Las fuerzas de Cayzedo y Cuero, luego de un combate de seis horas vinieron a quedar sitiadas en sus cuarteles. Los atacantes engrosaban a cada momento y recibían armas de donde menos

lo pensaban. En el Monasterio de las Madres Concepcionistas estaba oculto un numeroso armamento bajo la vigilancia de estas santas mujeres, cuya vida está consagrada ciertamente a la contemplación, lejos de las tentaciones del mundo, del demonio y de la carne. Cayzedo y Cuero se vió obligado a capitular y con él, una fuerza de más de cuatrocientos hombres.

A este respecto existe una curiosa relación de un actor en este episodio, que transcribimos:

"Rasgos poéticos que pueden servir de apuntamientos sobre la historia de nuestra revolución escritos por el Doctor Mariano del Campo y Larrahondo.

CARTA SEGUNDA

"Minor fuit infamia vero. (Copiamos literalmente del manuscrito de Don Mariano lo relacionado con la capitulación de Pasto).

Juan José con setenta compañeros
Entrando en la Ciudad, que ya lo espera,
Por vengar su Derrota, se resuelve
A una empresa mayor. Así renuevan
Las Alarmas con todo el aparato,
Que obtentar un Exito pudiera,
Triunfó la muchedumbre finalmente,
Y en los lazos cayó toda la fuerza,
Que en cuatrocientos hombres consistía,
Y aún sin aventurar una pelea".

Don Mariano del Campo y Larrahondo, ilustre primer rector del colegio de Santa Librada de Cali, coloca a la anterior estrofa la siguiente nota explicativa señalada con el número cinco "Juan José Caicedo, Joaquín Paz y demás jefes de la Insurrección de Patía, unidos a los pastusos, que ya lo aguardaban, proyectaron sorprender al presidente. No podían hacerlo por la fuerza abierta, no teniendo armas para batirse con cuatrocientos fusileros, jóvenes resueltos y valientes, y que tenían a su disposición cuatro pedreros, y algunas cargas de pertrecho. Así pues emplearon la astucia, y todos los estrategemas posibles para intimidarles, y lograr la empresa. Tambores, y gritos por todas partes. Un cañoncito disparado frecuentemente en distintos puntos de la ciudad: Carreras de caballos: Grupos de innumerables indios a cierta distancia con palos al hombro, recién descortezados: Vivas repetidas por la Conquista y despojos ya tomados en Popayán: He aquí las armas con que aquellos malvados, obligaron al general doctor Cayzedo a entrar a capitulaciones".

El manuscrito fué obsequiado por el propio autor a Don Manuel María Mosquera y Arboleda y contiene valiosísimas notas explicativas que el poeta agregó a su largo poema dedicado a exal-

tar la emancipación de Colombia. El manuscrito es hoy propiedad del Doctor Jaime Madriñán Díez, Profesor de Historia de la Universidad del Valle.

* * *

Sabedor del desastre de Pasto, el Vicepresidente Cabal siguió con fuerzas hacia allá. Su propósito era, ahora, el de rescatar al Presidente Caicedo y su tropa prisionera. Estaba ya cerca de Pasto, cuando recibió un mensaje del Jefe preso en que le pedía a Cabal devolverse por razones de orden militar y para salvar la vida de los prisioneros. Cabal regresó a Popayán con su tropa disminuída y desalentada. La Junta de Gobierno de Popayán resolvió luego despachar tropas al mando del médico norteamericano Alejandro Macaulay, quien había dado demostraciones de entender no sólo de medicina sino también de táctica militar. Este, desde Sombrerillos envió a Pasto un mensaje suscrito por la Junta de Gobierno de Popayán, en el cual se pedía la entrega de los prisioneros en estos términos.

"La ruina de Pasto ha llegado y esa ciudad infame y criminal va a ser reducida a cenizas.

"No hay remedio: un pueblo estúpido, perjuro e ingrato que ha roto los pactos y convenciones políticas y con la más negra perfidia ha cometido el horrible atentado de hacer prisionero al Presidente que enjugó sus lágrimas y le levantó de la desgracia en los días de sus amarguras, debe ser, como el pueblo judío, entregado al saqueo y a las llamas.

"Tiemble, pues, la ingrata Pasto que ha hecho causa común con los asesinos y ladrones del Patía. Y también esos hombres de escoria y de oprobio que se han erigido en cabezas de insurrección de los pueblos. Una fuerza poderosa, destructora y hábilmente dirigida va a caer sobre esa ciudad inicua. Ella será víctima del furor de un reino entero, puesto en la actitud de vengarse y aniquilarla".

Ved ahora una respuesta serena y llena de dignidad:

"Ha recibido este Ayuntamiento el oficio de la Junta Superior de esa ciudad, concebido en términos poco equitativos y conciliadores de la paz que todos buscamos. Si en términos decentes y decorosos se trata de ajustar y reconciliación, no se hará sordo este Cabildo a las voces de la razón y la justicia, así como no lo ha estado a las de la humanidad, cooperando eficazmente a la conservación y asistencia cómoda de los principales prisioneros que, con las armas en la mano, y exponiendo sus vidas, hicieron los patianos, proclamando a nuestro jurado Soberano y estableciendo en lo posible el antiguo gobierno en que nacieron nuestros padres y nosotros, y con que vivieron y vivimos en paz, sin efusión de sangre y sin los males que a todos nos inundan. Dios guarde a ustedes, muchos años". La respuesta tiene fecha 20 de Julio y la

firman don Blas de la Villota y sus colegas del Ayuntamiento.

El 17 de Julio envió Macaulay otro mensaje concebido en términos más duros:

"Entréguenseme las personas del Excelentísimo señor Presidente, oficialidad, tropa y demás sujetos que aprisionó ese pérfido vecindario, indemnizándoles de los perjuicios que se les ha irrogado: entréguenseme todas las armas y pertrechos de guerra que hay en esa ciudad (No pedía nada, el buen señor Macaulay) y entonces será ella tratada con benignidad. De lo contrario, si no viene Usía al camino a formalizar la entrega de presos y armas; si me dispara un solo fusilazo en el tránsito, Pasto pagará sus crímenes desapareciendo de la tierra".

Contestó al Cabildo:

"...Aun cuando fuera dirigido (el oficio) a un particular de crianza y distinción, chocaría las expresiones poco decorosas y ajenas a la buena educación con que está concebido. No crea usted es pueblo bárbaro con quien trata, valiente sí, constante en la defensa de las obligaciones que tiene para con Dios, con el Rey y sus justos derechos; mira con horror el perjurio... y está resuelto a esperar ser reducido a cenizas antes que faltar a sus deberes. Cuando las condiciones que se propongan vengan desnudas de fanfarronería y terrorismo y sean conformes a la equidad, al derecho de gentes y a evitar efusión de sangre, este Cabildo sabrá oírlas...".

En un oficio del 11 de agosto Macaulay le hace al Ayuntamiento una curiosa reflexión: "Quiero suponer más, y es que si Quito, Popayán y demás Provincias interesadas en la reunión de todos los pueblos, permitiesen a Pasto la absoluta y quimérica separación a que aspira, cómo podrá sostenerse? Con qué tesoro público contará para mantener tropas y tribunales de justicia, sin los cuales sería semejante a la república imaginaria de Platón?".

Continúan otras consideraciones alrededor del mismo tema.

Las respuestas de don Blas de la Villota, don José María de Rojas, don Juan de la Villota y demás cabildantes parecen inspiradas en la dramática de Calderón de la Barca. En alguna contestación evocan el recuerdo de Sagunto y Numancia. Les faltó evocar a Guzmán el Bueno.

Macaulay y sus tropas lograron dominar la resistencia de patrullas apostadas en los desfiladeros del Juanambú y Buesaco y acamparon en el Ejido de Pasto. El doctor Cayzedo fué puesto en libertad y se iniciaron las negociaciones que culminaron en un acto que estipulaba:

1º) Los pastusos pondrían en libertad al doctor Cayzedo y Cuero, a los oficiales y tropas y el gobierno de Popayán haría lo propio con los prisioneros realistas.

2º) El Presidente Cayzedo, Macaulay y sus tropas se retirarían a Popayán.

3º) Las autoridades de Pasto conservarían el gobierno de la ciudad y el armamento. El Ayuntamiento procedió a dar inmediato cumplimiento al pacto. Pero Macaulay difirió el cumplimiento a la aprobación de la Junta de Gobierno de Popayán. Fue la primera irregularidad presentada en un ambiente de concordia como el que existía entre Cayzedo y el Cabildo. Macaulay no siguió a Popayán sino que con todas sus tropas acampó en Meneses, a cinco leguas de la ciudad. Sabía que de Ibarra venían fuerzas patriotas hacia Pasto. El 8 de Agosto regresó a Pasto y se situó en el Ejido. Entonces envió un ultimátum al Ayuntamiento, diciéndole:

"Si estas reflexiones no son bastantes para convencer a Usía, tiemble de las consecuencias que inmediatamente van a originarse, de la sangre que se derramare y de la desolación que se le espera...".

El Cabildo le respondió expresando su sorpresa y dice finalmente:

"...El Ayuntamiento, la oficialidad y las tropas de la ciudad han resuelto esperar a usted y quedar sepultados en las ruinas de su Patria con el consuelo y la gloria de haber sido nombres de su palabra, incapaces de felonía". Y empezó la tragedia de Macaulay y Cayzedo.

Macaulay ordenó a sus tropas salir hacia el sur, por Yacuanquer, en vez de marchar al norte, conforme al pacto. La marcha nocturna se inició el 12 de Agosto. Pero fue descubierta e inmediatamente fueron a cortarle el paso los pastusos. El combate se empeñó al amanecer y duró cinco horas, al cabo de las cuales se llegó a un nuevo acuerdo. Ya estaban desfilando las tropas hacia Popayán, cuando un incidente baladí, originado en la desconfianza que había cundido entre los pastusos hacia los patriotas, hizo que el combate se reiniciara. Sonaron todos los campanarios tocando a rebato y el pueblo entero se lanzó sobre los patriotas desorganizados. Sergio Elías Ortiz escribe: "Al caer la tarde de ese nefasto 13 de Agosto de 1.812, para las armas republicanas, quedaban tendidos en el campo alrededor de doscientos hombres entre muertos y heridos y más de cuatrocientos prisioneros, entre ellos toda la oficialidad y el Presidente Cayzedo y Cuero. El Consejo de Guerra se instauró contra los oficiales, pero de manera especial fue sometido a larga y porfiada investigación el doctor Macaulay por su condición de extranjero, de protestante y por su falta de cumplimiento a los pactos. Entre tanto los patriotas se aprovecharon de la oportunidad para robar y maltratar a los prisioneros, sin que las autoridades pudieran contenerlos. Había hambre en la ciudad. Algunos prisioneros lograban fugarse otros morían, pues se presentó una epidemia de tifo que hizo estragos en las prisiones.

El Cabildo de Pasto informó al Presidente Montes los incidentes ocurridos, pues no tenía en los términos de América una superioridad más cercana para consultar las determinaciones a seguir. El 12 de diciembre, don Toribio Montes dirigióse a las autoridades de Pasto dándoles las gracias por la fidelidad al rey y el valor que habían demostrado en su defensa. Y ordenó que Macaulay, Cayzedo, cinco oficiales y dieciseis soldados fueran fusilados a presencia de los prisioneros restantes, quienes quedarían libres para volverse a su patria.

Hay aspectos de la historia que parecen confundirse con la novela, eso que algún literato francés denomina "Los jardines de la Historia". En nuestro caso, parece seguro que la terquedad de Macaulay por pasar a Quito por encima de los pactos celebrados con las autoridades de Pasto tiene su explicación en el hecho de que el norteamericano mantenía correspondencia amorosa con la bella Claudina Montes, hija del Presidente de Quito, con la cual habíanse conocido durante una travesía marítima por las Antillas. Don Toribio Montes conocía esas relaciones y las desaprobaba, pues concebía para su hija más altos y encumbrados proyectos matrimoniales. Además, Macaulay aparecía ahora convertido en Jefe de insurgentes. Así se explica el hecho de que el civilizado señor Montes hubiera ordenado el fusilamiento de Macaulay. Y para quitarle a este fusilamiento el color de la venganza dispuso la muerte del Presidente Cayzedo y Cuero, también de otros prisioneros.

El 26 de Enero de 1.813, a las once de la mañana, en la plaza mayor formaron las milicias de Pasto, la compañía de patianos, los oficiales y soldados patriotas sacados de sus prisiones, delante de un público numeroso, pues habían venido los indios de los alrededores a presenciar el extraordinario espectáculo. Acompañaba a los mártires de la república el padre Manuel Delgado Narváez. Redoblaron los tambores, luego callaron. En el silencio profundo se oyó la voz de mando: "Fuego".

Retumbó la descarga de los fusiles y se desplomaron los cuerpos del nobilísimo Cayzedo y Cuero, del rubio y joven Macaulay, "aventurero de la libertad" y de trece soldados del Valle del Cauca y de Neiva.

El doctor Tomás de Santacruz y Caicedo, primo del prócer colombiano que acababa de ser fusilado, dispuso los funerales. El cadáver fue llevado a la iglesia de la Virgen de Mercedes, luego de habérsele rendido los honores militares. Y se le enterró, no en cualquier parte, sino en la propia iglesia, dejándolo bajo la mirada amorosa de la Gobernadora de Pasto.

Todas las campanas de la iglesia y conventos de la ciudad teológica doblaron a muerto.

LA CUARTA INVASION A PASTO

Luego del trágico fin de Cayzedo y Cuero, Macaulay y demás compañeros fusilados, Pasto recobró alguna tranquilidad. Ya no estaba cojida entre dos fuegos: los patriotas de Quito y los de Cali. En Quito gobernaba el Presidente Español Toribio Montes y de las ciudades del Valle ya no había temor alguno. Los realistas de Pasto estaban informados, además, de las estériles y sangrientas luchas entre federalistas y centralistas. Pasto continuaba siendo el baluarte de España al Sur de Nueva Granada y allí se organizaban expediciones sobre Popayán.

Luego de la derrota de don Juan Sámano en Calibío, numerosos soldados de Pasto trajeron la mala nueva a la ciudad. Sámano fue sustituido por el Mariscal Aymerich y luego se inició la organización de la defensa del territorio pastuso. El ingeniero español Ateros fue comisionado para fortificar los naturalmente fortificados precipicios del Juanambú. En la ciudad había un activo movimiento de tropas que iban y venían, alistamiento de nuevos hombres y entrenamiento de reclutas en las artes de la guerra.

Fue a principios del año 14 desde Popayán cuando envió Nariño su primer mensaje al Cabildo de la ciudad, venía fechado el 4 de Marzo. Un mensaje que invitaba a la reflexión y a la aceptación de los nuevos postulados de independencia. Nariño había obtenido del Colegio Electoral de Cundinamarca la declaración franca y categórica, en forma solemne y entusiasta, de un total "desconocimiento y separación absoluta de la nación española y de su rey Fernando VII". La moción fue obra suya. Ahora si podían entender los cabildantes de Pasto de lo que realmente se trataba, puesto que hasta entonces se les hacía la guerra en nombre de Fernando VII también, al cual se acogían los patriotas de Cali y de Quito en forma insincera.

Ya hemos dicho que los de Quito pretendían la incorporación de la Provincia de Pasto a sus dominios.

El mensaje decía, entre otras cosas:

"Cuándo llegará el día en que todos los americanos abran los ojos y conozcan que el sistema actual de la Europa es mantenernos divididos para dominarnos? Vuelve Usía muy ilustre los ojos a toda la América y verá este principio en acción: desde Buenos Aires hasta México y desde Lima hasta Caracas, se hace la guerra con encarnizamiento y si vamos a examinar cuántos españoles se encuentran en esta universal contienda, quizá no se hallará la centésima parte, pero cada uno es una tea encendida que lo abraza todo; una furia que arma al americano contra el americano mismo.

"Con qué nos harían la guerra los españoles si no encon-

traran simples americanos a quienes armar? Qué es lo que ha perdido Montes en las batallas de Palacé y Calibío? Un solo hombre que fue Asín. Y cuántos americanos murieron? Más de cuatrocientos; de modo que pierdan o ganen las acciones, siempre en su cuenta salen ganando, porque el resultado es: tantos americanos menos... Pues si no lo quiere, en sus manos está el evitarlo: unámonos. Yo propongo a Usía muy ilustre nuevamente el partido de la conciliación y la paz".

El Cabildo contestó el 1º de Abril:

"La justicia de la causa, la santidad de los juramentos, la obligación de obedecer a las autoridades legítimas, el amor y la unión que la misma naturaleza inspira a la sangre de nuestros progenitores y hermanos; el reconocer el derecho de la soberanía y de la Madre Patria, a que debemos nuestra existencia y hoy desgraciado país de las Américas por las turbaciones que nos causan los mismos que podían recordar la felicidad en que vivíamos, descansando entre nuestras familias, bajo de nuestras viñas y de nuestras higueras, esto es lo que nos conduce y lo que NO NOS HARA MUDAR DE SISTEMA, ni por diferencia al halago, ni por temor a las amenazas desde muy antes vertidas y protestadas; de modo que para nosotros tan glorioso será el poder defendernos de una fuerza que, sin derechos ni legítima autoridad, nos trata de oprimir, como el que esta ciudad queda reducida a una nueva Numancia o Sagunto".

Nariño envía nuevo mensaje al Cabildo, fechado el 3 de Abril. El Cabildo le responde: "Usía es quien nos viene a hacer la agresión más injusta. Hemos vivido satisfechos y contentos con nuestras leyes, gobiernos, usos y costumbres.

"De fuera nos han venido las perturbaciones y los días de tribulación. A que estos no nos lo han traído los europeos, nuestros hermanos: han sido los americanos los hermanos más íntimos, como de una misma patria y ligados con los vínculos más estrechos de la sangre. Si Popayán, como dice Usía, ha padecido, no han sido menores nuestros quebrantos.

"Por uno y otro extremo hemos padecido violencia, incendios, robos y escándalos y hasta ahora no podemos comprender con qué autoridad se han formado aquestas revoluciones, pretendiendo por la fuerza, o sujetarnos o destruirnos **al mismo tiempo que se decanta la libertad**...

"Sobre la destrucción de la Península esté usted seguro de que tenemos datos evidentes de su reconquista".

Esta nota, de lógica contextura, tiene fecha 4 de abril.

El General Nariño escribió diciéndoles: "Ya veo que es ocioso emplear con Usía muy ilustre, papeles ni razones.

"...Tampoco vengo a solicitar noticias de la Península que

las tengo más frescas y que les deseo toda la prosperidad contra los pérfidos franceses que la quieren esclavizar, como a nosotros, los españoles corrompidos, que no conocen que peleamos por los mismos principios que ellos pelean en España".

Discurre admirablemente Nariño cuando establece la identidad de propósitos en América como en España: la lucha por la independencia nacional. De la lectura atenta de las notas redactadas por el Ayuntamiento de Pasto se desprende un recio sentido de lealtad a España. Entendían que todo movimiento revolucionario de América favorecía las pretensiones napoleónicas de dominar a la Madre Patria. Parecíales una atroz inconsecuencia hacerle la guerra a España cuando ésta se defendía de los franceses con el viejo heroísmo con que defendieron en Numancia y Sagunto contra cartagineses y romanos. Era un punto de vista respetable aunque se crea que olvidaban sus propios intereses por pensar en los de España. Para los ediles de Pasto lo ibérico eran ellos. Los otros, los revolucionarios de Quito y Santa Fe, eran los afrancesados, como se les llamaba a los que, con cobarde oportunismo, traicionaron a su patria para servir a Pepe Botellas.

En cuanto a forma de gobierno, ellos estaban por la monarquía, como hoy siguen estándolo los ingleses o los holandeses. Países hay, como Canadá o Nueva Zelandia que progresan increíblemente sin apelar a revoluciones para obtener su independencia de Inglaterra. Más que los sistemas de gobierno cuentan los resultados de esos sistemas.

El Ayuntamiento parecía presentir el futuro de estas nacionalidades. Con gran exactitud Alvaro Gómez Hurtado, ese filósofo de la revolución americana, cita pasajes de Tocqueville: "Después de veinticinco años de revoluciones, de la libertad sólo se puede esperar, en estos países, la confusión y el desorden. El vivir en perpetua revolución es el estado normal de la América Española; sus diversos pueblos, empeñados en devorarse las entrañas, han perdido hasta la idea de que es posible emplear la vida en otros objetivos. La sociedad ha caído en un abismo, del cual le será difícil salir por su esfuerzo".

Cita también a Hegel cuando dice: "La historia de las repúblicas suramericanas es una continua revolución". Esas opiniones fueron vertidas cuando aún las nuevas nacionalidades estaban en su etapa inicial. Después han venido cosas quizá peores. Basta pensar, en ciertas dictaduras de Centroamérica, Haití, Santo Domingo, Venezuela, Bolivia, etc., etc.

Gobiernos éstos absolutistas sin el freno civilizado de una monarquía constitucional. No es que seamos monarquistas. Simplemente anotamos y confrontamos unos contrastes, unas situaciones. Y es que en verdad, si Tocqueville hubiese tenido más larga vida sonreiría ante los graciosos, muchas veces crueles dictadores del trópico. Un Franz o un Strauss, de habernos conocido, habrían tenido más de un encantador motivo para sus operetas.

Los productores del cine han encontrado abundante material histórico para sus películas. Y don Ramón del Valle Inclán, Asturias y tantos novelistas más hallaron temas por sus sarcásticas creaciones, en donde el protagonista es casi siempre un dictador con humos de grandeza y con espíritu sanguinario. Presidentes hay que son elegidos hasta cinco veces y derribados otras tantas. Parece que en cada republiquita funcionara un retablo, un remedo de gobiernos, cuyos hilos se manejan con experta habilidad por el Maese Pedro que está en la Casa Blanca.

En las guerras de esos días operaban aún los mitos como fuerza compulsiva. Se prolongaba la mentalidad que inspirara las luchas religiosas, sus conquistas, sus luchas, contra los infieles. No obraba únicamente el fuego de los fusiles y cañones, el brazo musculoso que empuñaba las lanzas y los sables. Obraba la fe en las fuerzas sobrenaturales. En el apoyo de Dios, la Virgen y los Santos. Cuando Nariño derrotó a Sámano y emprendió su victoriosa campaña libertaria sobre el sur de la república, en Bogotá, el pueblo que lo admiraba y quería, sacaba en procesión el Nazareno de San Agustín, vitoreando al Crucificado y al general, con mucho acompañamiento de música, cohetes y repiques de campanas. Esto ocurría en los mismos días en que el infortunado general era vencido por el pueblo de Pasto, el que paseaba en procesión la Santísima Virgen de las Mercedes, pidiéndole ayuda para vencer al hereje Nariño. Hé aquí que la Virgen pudo entonces más que su Hijo venerado en Bogotá. Algo de esto ocurría en los tiempos cantados por Homero, cuando los Dioses se mezclaban en las contiendas horrososas entre griegos y troyanos.

Hay que leer al cronista José María Caballero en sus relatos, amenos y sencillos acerca de la celebración de los triunfos de Nariño en el sur.

Después de la batalla de Pasto, la imagen de la virgen, la Gobernadora, fue paseada nuevamente en triunfo por las calles. El Cabildo dispuso que en adelante, todos los años se celebrara una fiesta en honor de ella. El 10 de Mayo de todos los años. Se creía ver patente la intervención de la Virgen en la victoria alcanzada por el pueblo pastuso sobre los invasores del norte.

También dispuso el Cabildo que con los cañones tomados a Nariño se fundiera una gran campana que debía ser colocada en la torre de la iglesia de la Merced.

Doña Manuela María de Vicuña, esposa del Regidor Decano de la ciudad de Quito, envió "quince varas de terciopelo carmesí, de Italia, de buena calidad, para que se hiciera un velo a dicha Soberana y Reina".

No es inoportuno anotar que el 10 de Abril de 1815, fue jurada la Virgen como Generala de Pasto. A petición del muy celebrado Fray Antonio Burbano de Lara, se dispuso que en las pro-

cesiones, la Virgen debería llevar en la diestra la bandera que le fuera arrebatada al Precursor.

* * *

Pero volvamos a Pasto: El 8 de Mayo de 1813, las banderas de la revolución ondean por los altos de Tacines. Nariño ha logrado atravesar, bajo las balas y los pedruscos, los pasos del Juanambú. Y ha podido contemplar desde la altura, al gigante Galeras y, al pie, al pintoresco Valle de Atriz las campiñas, la ciudad y los trigales que la circundan. "A comer buen pan a Pasto, muchachos, les dijo a sus soldados".

Tomó posiciones en El Calvario el día 9. Pero el 10 fue atacado por el paisanaje de Pasto. Las fuerzas regulares habían huído, con el general Aymerich a la cabeza. Este tenía miedo a Nariño. Los triunfos de Palacé y Calibío lo habían amedrentado, así como el trágico final del bravo coronel Asin. Otra vez resonaron las campanas de la ciudad, llamando al combate. El Obispo Jiménez de Enciso lanzó una proclama en cuyos apartes decía:

"Los insurgentes son herejes y cismáticos detestables. Los que defienden la monarquía combaten por Dios, y si mueren, vuelan en derechura al cielo". (Cita de J. M. Restrepo). Fugado Aymerich, asumieron la defensa de la ciudad el Alcalde Bucheli y el Coronel Francisco Javier de Santacruz. El combate duró casi todo el día. Prácticamente se peleaba cuerpo a cuerpo e intervenían mujeres y los niños. Le mataron el caballo a Nariño, quien peleaba confundiéndose con sus soldados. Con el fin de penetrar a la ciudad por algún punto débil dividido su fuerza en tres grupos. Cuando ya parecía ceder la resistencia en algún punto "las gentes brotaban de la tierra" decía el abanderado Espinosa. La virgen de las Mercedes iba en procesión por las calles y las plazas. También sacaron de su iglesia al apóstol Santiago. Gritos, clamores, e insultos se oían por todas partes. Sonaban cuernos y trompetas. A medida que pasaban las horas, los indios de La Laguna, Buesaquillo y Catambuco engrosaban las huestes defensoras de Pasto. Al caer la noche ya no era posible distinguir lo que ocurría. El Coronel Monsalve, quien mandaba un grupo, lejos del que estaba con Nariño, creyó que la acción estaba perdida y retrocedió. Nariño resolvió, a su vez, ir a Tacines en busca de su ejército y su artillería para atacar al siguiente día... pero había sido traicionado por el Coronel Rodríguez. Apenas encontró soldados heridos, quejándose. Los cañones clavados y las municiones y equipaje desparramados.

No es bastante conocida la relación que el doctor López Alvarez hace de la batalla de Pasto y por eso nos permitimos reproducirla:

"Viéndose los pastusos en el mayor desamparo (Aymerich había abandonado la defensa de Pasto), no se durmieron esperando inactivos en sus casas una muerte que podía conquistarse en el

campo de batalla. Estando para amanecer tocóse llamada general, a la cual concurrieron hasta las mujeres, repartiendo cuchillos a los hombres que no habían podido armarse con fusiles.

"Convínose, pues, en el medio de defensa, y marcharon a sus respectivas posiciones, encabezados por los capitanes don Eduardo Burbano, don Francisco Javier de Santacruz y don Ramón Zambrano. Una fuerte guerrilla partió por el **Ejido** y los llanos de **Lope** a coronar las alturas, esperando entrar en acción a cortar la retirada a los republicanos. Los demás se situaron en las zanjas de los llanos que se extienden entre **El Calvario** y el pueblecito de **Aranda** y ascendieron hasta la Cruz ocultándose entre los maizales de la loma.

"Muchas mujeres siguieron a sus maridos para compartir con ellos los azares de una lucha de cuyo resultado dependía la destrucción de Pasto o del ejército republicano; pero las más fueron a sacar en procesión a la Virgen de Mercedes, patrona de la ciudad, y a Santiago, abogado de las Españas.

"Tal era la situación de los pastusos, cuando Nariño, después de haber esperado inútilmente hasta más de medio día la contestación a dos intimaciones que había hecho al Cabildo, determinó bajar a la ciudad sin temor de ser atacado, pues él, con sus propios ojos, había visto a los españoles retirarse con dirección al sur. Pero no bien había descendido corto trecho cuando de las colinas y zanjas contiguas al camino se desató tal lluvia de plomo que el avance de los patriotas iba señalándose con un reguero de sangre, de tal suerte que apenas pudieron llegar hasta cerca del Calvario, de cuyas casas se les hicieron disparos. En vista de este ataque inesperado Nariño ordenó retroceder hasta las alturas de La Cruz, perdiendo en la salida mucha gente.

Fue entonces cuando Nariño intimó rendición por tercera vez a la ciudad. Pero como no tuvo respuesta, se dispuso a tomar la ciudad por todos los medios posibles. Ordenó, además, que no se hicieran prisioneros. Los pastusos de la guerrilla y de la ciudad entendieron la orden dada por el jefe patriota. Brotaban soldados pastusos de todas partes, armados o sin armas. El tiroteo y la gritería eran ensordecedores. Se peleó en forma tal que parecía decidirse el triunfo por Nariño, cuando éste amagaba penetrar a las propias calles de la ciudad, pero luego la alternativa correspondía al pueblo pastuso que acometía sin cesar por todas partes. En esta situación, que parecía indecisa, y cuando Nariño comprendió que lo mejor y más indicado era suspender el combate para emprenderlo al día siguiente, contando con los trescientos hombres que había dejado como reserva en Tacines. Además, eran las cinco y media de la tarde.

"Pero al replegarse hacia las alturas, los pastusos, reforzados con los indios, atacaron simultáneamente por **Aranda**, por el camino real del Calvario y por las alturas orientales que dominan la ciudad. Nariño dividió sus soldados en tres columnas para atender debidamente a estos tres puntos. El, personalmente, tomó el

mando del centro, con los **Granaderos de Cundinamarca**; el ala derecha estaba sostenida por Monsalve y su batallón **Socorro** y la izquierda por el **Cauca** y el resto de las tropas.

"Sin hacer un sólo disparo ambos contrincantes avanzaron dispuestos a decidir su horrible desafío con arma blanca. Nariño cargó con tanto denuedo, que los pastusos tuvieron que descender hasta las tejerías del Calvario (fábricas de teja) donde se hicieron fuertes largo rato, logrando matar el caballo del jefe que tanto los acosaba. No tuvieron igual suerte los otros jefes, pues se vieron acorralados por sus agresores. Luchaban cuerpo a cuerpo y la lanza pastusa causaba estragos. Ya por la noche, el batallón Socorro pudo salir del mortífero círculo de hierro que lo desangraba y emprendió la retirada a Tacines. La ala izquierda consiguió hacer otro tanto.

"Nariño, viendo que eran inútiles los esfuerzos para restablecer el orden y acosado por las tinieblas, perdido el contacto con las unidades de Monsalve decidió retirarse. Cuando subió a la Cruz no encontró más que cadáveres de sus soldados y vino a quedarse encerrado entre las guerrillas, que perseguían a sus soldados en retirada. Sólo cinco soldados quedaron con él".

Qué grata sorpresa recibió Aymerich en Yacuanquer cuando le dijeron que el combate por Pasto había sido ganado. Tres días después su sorpresa fue mayor cuando le fue presentado un prisionero que había prometido informar dónde estaba Nariño. El prisionero pidió que se le diera una taza de caldo pues llevaba tres días sin comer. Después entabló con el Mariscal una charla sobre cuestiones de política mundial. Mientras tanto, afuera el pueblo se reunía, presintiendo la realidad. Y el prisionero se había dado a conocer al Mariscal y se había ganado, hasta cierto punto, la voluntad de éste. Pidió permiso al Mariscal para hablar al pueblo. Salió al balcón y con acento oratorio dijo que la derrota ante un pueblo noble y valeroso no era afrenta para el vencido. Que a un vencedor noble y gallardo no vacilaba en entregarle su honor y su vida. Para terminar dijo: Pastusos, aquí tenéis al general Nariño". Algunas voces pidieron que se le ahorcara. Pero la mayoría se retiró conmovida, impresionada ante la actitud gallarda y sorpresiva del infortunado jefe granadino.

Montes ordenó desde Quito el fusilamiento de Nariño. Pero el doctor Tomás de Santacruz se opuso... Tenía buenas razones y mejores derechos que los jefes españoles para disponer de la suerte de los prisioneros. "Juro que no permitiré que se toque un cabello de la cabeza de Nariño hasta tanto no se resuelva sobre un canje de prisioneros", dijo Santacruz. Acaso hubiera podido hacerse en canje, pues no se obedeció la orden del Presidente de Quito. El general Leiva, que había quedado como Gobernador de Popayán propuso el canje de prisioneros. Pero la decisión se remitió a Bogotá. Allá demoró meses y don Camilo Torres la tramitó en forma que ha dado a entender que poco gustaba del regreso de Nariño a Bogotá. Al fin salió el prisionero para Quito,

para de allí seguir a su destino final: la célebre Carraca de Cádiz. Don Tomás de Santacruz y la gente principal de Pasto lo acompañaron hasta el pueblecillo de Obonuco, a despedirlo. Nariño, en uno de sus gestos magníficos, se descubrió para despedirse de la ciudad valerosa donde quedaban enterrados sus más generosos anhelos de independencia.

Don Toribio Montes ofició al Cabildo de la ciudad: "...he dispuesto se den gracias al Dios de los Ejércitos con tres días de iluminación, repique general de campanas, salvas de artillería y misa con Te Deum en todas las iglesias.

"Elevaré al Trono el singular mérito, la fidelidad y los distinguidos servicios de los generosos hijos de esa ciudad, en defensa de la justa causa de la nación para perpetua memoria, y que recaiga el título y blasón a que tan dignamente se ha hecho acreedora.

"Por mi parte doy a Usía las más expresivas gracias, como a todos los pastusos, en nombre de la Nación y del Rey, con la esperanza de que Nariño ha de sufrir en esa plaza la misma suerte que Cayzedo y Macaulay..." Está firmado en Quito el 21 de Mayo de 1814.

El Cabildo de Ipiales, con fecha 17 de Mayo se dirigió al de Pasto, diciendo, entre otras cosas:

"Por tan heroica y memorable acción que ha coronado de inmortal gloria a ese vecindario fidelísimo, en que tienen parte principal aquellas valientes heroínas, que olvidándose de su débil sexo se tornaron en soldados aguerridos, tributa este ayuntamiento los más expresivos parabienes...".

El Ayuntamiento de Barbacoas, expresa:

"Esta provincia debe a la que Usía muy ilustre representa, toda seguridad, y su reconocimiento le impele a tributar a Usía muy ilustre este pequeño testimonio de su gratitud y de su reconocimiento...".

Firman, obsérvese bien, José de Fábrega, Juan Bou, Domingo Tomás Sevillano y Melchor Díaz del Castillo.

El Comercio de Guayaquil, con numerosas firmas se expresa así:

"Oh invictos y heroicos pastuosos. Dignos de que vuestro nombre sea escrito con letras de oro para admiración de todos los pueblos y para la gratitud de los que se honran con el glorioso epiteto de españoles...

"Habéis, pues destruído a ese vil caudillo (Nariño) y a su alucinada gente: y qué cosa debían haber esperado unos malva-

dos que en el año de 1808, espontáneamente prometieron, así como todos los demás pueblos españoles de Ultramar, reconocer por rey de las Españas a nuestro Fernando, auxiliar a sus hermanos de Europa en la gloriosa lucha contra el tirano Napoleón; ser inseparables de la Madre Patria, mientras hubiese un solo rincón en la Península en donde se reuniese el gobierno español?...

"Loor eterno. Oh inmortales pastusos... a vuestra fidelidad y constancia... publíquese vuestras inmortales acciones de uno a otro polo, del oriente al occidente; nunca las olvidarán estos vuestros compatriotas.

Guayaquil 29 de Mayo de 1814. Domingo de Ordeñana, Santiago Marcos, Santiago Víctores, Bernardo de Alzuá...".

Doña Manuela María de Vicuña envió desde Quito "veinte cabos de bayeta, para vestir la desnudez de los pobres, valerosas y devotas vecinas de esa ciudad".

Con posterioridad a estos sucesos, la paz reinó en las tierras de Pasto, solo fue turbada por las levas que se hicieron para organizar las tropas que en La Cuchilla del Tambo acabaron con los vestigios de las fuerzas republicanas. La paz duró hasta 1820 cuando el ímpetu de las fuerzas victoriosas en Boyacá desbordó hacia las tierras del sur de la Nueva Granada.

LA BATALLA DE GENOY

La repercusión de la Batalla de Boyacá alcanzó a casi todas las provincias de la Nueva Granada, excepto Popayán y Pasto. Con las pocas tropas que lograron salvar de la derrota, los jefes españoles Sebastián de la Calzada, Basilio García y Nicolás López, emprendieron la retirada al sur para establecer contacto con los realistas de Popayán, Pasto y Quito. Los españoles temblaban al pensar en las retaliaciones y venganzas de los patriotas que habían sufrido las sanguinarias atrocidades del Régimen del Terror impuesto por Morillo, Sámano, Enrile y el propio Sebastián de la Calzada. Las fuerzas independientes se acrecían con los desertores del realismo y con el entusiasmo por la libertad que ahora sí parecía convertirse en realidad.

Pero ante la proximidad de un ejército al mando del Coronel Joaquín París, Calzada salió hacia Pasto llevando todos los utensilios transportables de la Casa de la Moneda de Popayán y acompañado de las más ilustres familias de Popayán que hasta entonces venían siendo realistas. Entre los emigrados iba el señor Obispo Jiménez de Enciso, quien continuaba esgrimiendo, a falta de sable, las fulminantes excomuniones contra los enemigos del Rey Fernando VII. Este bendito obispo, a instancias del Vicepresidente Santander, fue desautorizado por el Provisor Eclesiástico de Bogotá, doctor Nicolás Cuervo. A las desautorizaciones

replicó el obispo llamando al Provisor "Hijo del Diablo". El traslado hacia Pasto se inició el 6 de Octubre de 1819.

Y tal como lo había previsto Calzada, el 23 del mismo Octubre ocupó a Popayán el Coronel París y luego dejó al Coronel Antonio Obando encargado del mando de la plaza. Sin embargo, la imprevisión o descuido del Coronel Obando, permitieron a Calzada sorprenderlo en forma tal que a duras penas logró Obando salvar la vida huyendo de la ciudad.

No duró mucho el dominio de Calzada y Nicolás López en Popayán, pues el 4 de Junio del año siguiente fueron batidos completamente por el general caraqueño Manuel Valdés en Pitayó. En la fuga hacia Pasto Calzada hizo fusilar en Timbio a cuatro oficiales patriotas y en desquite, Valdés mandó a lancear a cuatro realistas en Popayán entre los cuales figuraba el pacífico mayordomo de fábrica de la ciudad.

La derrota de Pitayó le fue cobrada muy cara a Calzada, pues ocasionó su relevo, por don Basilio García, su llamada a Quito y luego el confinamiento a la ciudad de Cuenca. Las milicias y tropas españolas de Pasto le fueron confiadas al Coronel García, al tiempo que Valdés delegaba en José Concha y el general Mires los mandos civil y militar, respectivamente, de Popayán, para luego seguir al sur, sobre Pasto.

Todo esto luego de un largo descanso, que se prolongó hasta el 2 de Enero de 1821 cuando, obedeciendo órdenes del Libertador, salió con su ejército hacia el sur. La consigna recibida era: "Atacar a Pasto, aunque no tenga más fuerzas que sus edecanes". Valdés contestó, por conducto del General Santander: "Si don Simón no manda siquiera 1.500 fusiles que ofrece, no cuente con Quito, porque yo no sé hacer milagros". Apenas hubo salido hacia Pasto con mil hombres, empezó a ser hostigado por las guerrillas patianas, por los mosquitos del paludismo y la escasez de víveres.

Calzada a su vez, tenía obstáculos: de Quito le pedían tropas y había tenido que despacharlas. La insurrección de Guayaquil y de Cuenca hacía tambalear al gobierno de España en el Ecuador. Para allá habían salido 800 pastusos, entre ellos el ya famoso Agustín Agualongo. Estos fueron parte decisiva de la derrota del Mariscal Sucre en la Batalla de Huachi.

Quedó encargado de la defensa de Pasto el Coronel Basilio García. Como segundo Jefe, el Coronel Manuel Zambrano. El 1º de febrero se situó Valdés en Chaguarbamba (hoy Nariño) y al amanecer el 2 ordenó a sus tropas avanzar sobre Pasto, distante 20 kilómetros. Según el relato del coronel patriota, Manuel Antonio López, las guerrillas pastusas empezaron a batirse en retirada, lo cual entendió Valdés como principio de la huída. En las proximidades del Caserío de Genoy tropezó con la fuerza realista, constante de mil hombres también, la cual dominaba un zanjón pro-

fundo, desde las pequeñas alturas. Imprudentemente ordenó el ataque, estando sus tropas agotadas por la dura marcha y la falta de alimentos. Desde los parapetos realistas estalló un nutrido fuego cruzado que causó estragos en las filas patriotas. Por las faldas del Galeras intentó avanzar con su caballería el valeroso Juan Carvajal, Comandante del cuerpo de "Guías", pero un balazo en el pecho le causó la muerte. El capitán Isidoro Barriga, quien atacó por el centro, a la cabeza de su compañía cayó muerto también. Cundió el desorden, la confusión se generalizó y Valdés con sus tropas emprendieron la fuga. Los que no lograron ponerse a salvo fueron masacrados sin piedad por los milicianos vestidos de ruanas, sombrero, y armados de machetes. En las faldas del Galeras quedaron dispersos los huesos de la Legión Británica. La catástrofe hubiera sido completa de no llegar milagrosamente los portadores de las notas que contenían los términos del armisticio pactado entre Bolívar y Morillo. Al llegar a Pasto los comisionados coroneles Antonio Morales (Patriota) y José Moles (español) el pueblo reaccionó contra ellos. Pero esta vez contribuyó a moderar la situación el obispo Jiménez, pues era muy acatado por sus convicciones monárquicas, Ello a pesar de que antes había anatematizado y excomulgado a los patriotas, tildándolos de herejes, para quienes las puertas de la Iglesia debían estar cerradas, y los sacramentos negados.

A raíz de la victoria de Genoy, el Ayuntamiento y la ciudad de Pasto recibieron congratulaciones y aplausos de las autoridades españolas. Nada más.

Olvidábamos mencionar al doctor Tomás de Santacruz, quien actuó en Genoy con el título de Coronel. Este doctor defendía, no sólo sus principios tradicionalistas, sino también sus privilegios y los de su clase. En Pasto, como en la Europa del setecientos, había tres clases sociales: La Nobleza (con mayúscula era como se escribía), el Clero y el pueblo. Para las grandes decisiones el Ayuntamiento convocaba a reunión general en Cabildo abierto. Cuando Valdés avanzaba sobre Pasto, la clase popular mostrábase renuente a enrolarse en las filas del ejército. Bastantes bajas había sufrido en la guerra desde 1809 hasta ese momento. Costó trabajo convencerla. Una señora Bucheli reanimó al pueblo yendo ella personalmente a palear en Genoy. El Clero y la Nobleza igual que los vendeanos en Francia, defendían un orden establecido que les era muy ventajoso. Además cierta autonomía de que gozaba en el gobierno de la Provincia.

Cuando a la defensa de unos ideales o unos principios se añade la defensa del poder y la riqueza, hay razones más que suficientes para llegar hasta el heroismo. El clero y los obispos españoles estaban en su derecho para defender a la Corona y sus fueros, amenazados por una revuelta que hundía sus raíces en la revolución francesa. El clero y las comunidades religiosas poseían inmensos bienes de fortuna en las tierras americanas, pero especialmente en Pasto y sus contornos. En una proclama del Cabildo, que parece escrita por un eclesiástico, léese: "Los veréis echarse

sobre las rentas de la Mitra, sobre las de los Prebendados, sobre la de los Párrocos, dejándoles una miserable cuota y, en una palabra sobre todo el patrimonio de Jesucristo. Veréis abusar de la sagrada y espiritual renta de Diezmos... Veréis echarse sobre las temporalidades de los regulares y venderles sus fondos, reduciéndolos a intolerable mendicidad". Sin embargo, el clero criollo, como Morelos en Méjico, abrazó decididamente la causa de la independencia y llegó hasta el martirio por ella en muchos casos.

Podíase mencionar otra clase. La de los esclavos. Pero estos eran muy escasos en Pasto. En lo que hoy constituye el Departamento de Nariño, apenas alcanzaban a cuatrocientos, mientras en cada una de las Provincias de Cartagena, Popayán o Antioquia fluctuaban entre los cuatro y los seis mil. Los esclavos en Nariño se encontraban en las zonas mineras de Barbacoas e Iscuandé.

En el extenso testamento del doctor Tomás de Santacruz encuéntrase legados tales como: "La hacienda Bomboná, adquirida en catorce mil pesos... hacienda de Panamal y sus hatos San Antonio, Chimangual y los potreros de Chillanquer, en la Provincia de los Pastos, que se vendió todo en pública subasta, por haber quedado debiendo don Francisco Ruiz Rosero a las temporalidades de los Jesuítas, por compra de las mismas haciendas que me costaron como trece mil pesos". Estas haciendas abarcan la mitad de la bellísima sabana de Túquerres. Continúa el testamento: "Hacienda nombrada la Vega de Téllez, la cual con ciento y más de cuarenta cabezas de ganado, vacuno y yegual, la dí y entregué, por razón de dote, a mi hija doña Leonor y su marido, don Miguel Polo... Hacienda de Guapuscal (que deja a su hijo Tomás Miguel)... La de Yacuanquer que me dejó mi madre por herencia, más las de la Erre, Gualmatán, Casabuy y Chaves... item. Soy dueño del esclavo llamado Domingo y se lo dejo a mi expresada hija Josefa, apreciándolo por ciento cincuenta pesos". A este esclavo se agregan "Una esclavita llamada Cruz. El esclavito Santos"... y habla de cuatro esclavos más. El testamento comprende, además, molinos de trigo, trapiches para caña de azúcar, casonas urbanas, caballos, mulos, asnos, ovejas, vacas de cría y bueyes cebados. Alhajas, sillas de montar y cien cosas más. Esas propiedades rurales tienen actualmente un valor aproximado de treinta millones de pesos. Imagínese el lector si el doctor Santacruz y los de su clase no tendrían buenas razones para defender valerosamente tan magníficas pertenencias.

Por su reconocida lealtad a España, el doctor Santacruz, había logrado imponerse en el mando de la Provincia, pese a tener rivalidades como don Blas y don Juan María de la Villota. Las luchas por el poder están muy en conformidad con la condición humana. Nietzsche consideraba a la voluntad de dominio, o de poder, como el motor principalísimo de los actos humanos, al paso que Freud radicaba el centro de esos mismos actos en el sexo. Marx puso en eje de la actividad humana en el estómago. Cada uno de ellos tenía una buena parte de razón. Pero no toda, pues

descartaban los móviles de orden espiritual. Uno de los rivales del doctor Santacruz fue don Juan María Villota, una especie de Cid Campeador, de brazo fuerte y energías formidables. El era quien decidía victoriosamente las batallas. En un informe a Quito el Ayuntamiento dice: "Con sólo dieciséis hombres, después de haber muerto muchos, hizo prisionero al Capitán Ramón Chiriboga, con sesenta soldados, quitándoles ochenta fusiles".

Creemos haber dicho, y es bueno destacarlo, que las decisiones en esa época se tomaban en Cabildo abierto. El 16 de Septiembre de 1811 por ejemplo, en la Sala de Ayuntamiento tuvo lugar uno "con asistencia del Venerable Clero Secular y los Reverendos Prelados Regulares, los padres de la República... para examinar oficios de los señores General Antonio Baraya y doctor Joaquín Cayzedo y Cuero, dirigidos con el objeto de conciliar la paz, armonía y demás relaciones interrumpidas en una y otra Provincia... "(Pasto y Popayán"): Expusieron sus pareceres el Padre Vicente Rivera, Prior del Convento de Predicadores; Fray Juan Vinueza, Padre Guardián; Fray Isidoro Herrera y Campuzano, Prior de los Agustinos; Fray Mariano Moreno, Presidente y Comendador de la Merced; Doctor José Casimiro de la Barrera, Rector de estudios del Real Colegio (quien hizo buena parte de su intervención en latín); doctor Aurelio Rosero, Presidente Capellán del ilustre Cabildo y del Monasterio de Concepcionistas; Presbíteros: Doctor Javier Ordóñez, don Tomás López, don Ignacio Figueroa, don Ramón España, don Fernando Zambrano, don Julián de Rojas y el doctor José de Paz y Burbano. Al final se lee: "Aunque concurrieron también los presbíteros doctor don Fernando Burbano y don Martín Torres, expusieron que no habiendo concurrido su prelado, el señor Vicario, no podían dar su parecer, con lo que salieron, igualmente el Reverendo Padre Fray Estanislao Cortés".

El ambiente predominante en el Cabildo estuvo por el entendimiento con el ejército de Cali. Pero se impuso la voluntad del doctor Santacruz por la fidelidad a España.

(Continúa en el próximo número)